



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Identidad de las Consultoras de Belleza de Mary Kay

Relación entre la Autonomía Económica y Divorcio

T E S I N A

Para obtener el grado de licenciado en
SOCIOLOGÍA

José Antonio Sánchez García

Matricula: 210315051



Asesor: **Rafael Montesinos Carrera**

Abril 2015

Para Rita, la mujer más fuerte que conozco.

Agradecimientos

A mis padres, quienes siempre me motivaron y me apoyaron en todo momento para concluir la carrera. A mis hermanos, por siempre estar a mi lado y no dejarme claudicar. Al Doctor Rafael Montesinos, mentor, asesor y amigo, quien creyó en este trabajo desde el principio, me orientó y me proporcionó parte del material bibliográfico para que esto saliera a flote. Y por supuesto, a todas las mujeres y hombres que me brindaron su confianza y me regalaron unos cuantos minutos de su tiempo para conocer un poco de su mundo.

Índice

Introducción		1
Capítulo 1	1. Marco Teórico Conceptual: Cultura y género.	4
	1.1 Reflexiones Sobre la Cultura.	6
	1.2 Interpretaciones Sobre el Género.	14
Capítulo 2	2. La Mujer: Aspectos Biológicos y Sociales.	22
	2.1 Matrimonio y Familia.	33
	2.2 Movimiento Feminista del Siglo XX.	38
	2.3 Mujeres con Poder.	44
Capítulo 3	3. Consultoras de Belleza de Mary Kay.	52
	3.1 Identidad.	57
	3.2 Familia y Trabajo.	63
	3.3 Pareja.	69
	3.4 Género.	77
Conclusiones		81
	Aproximaciones a la Mujer del Siglo XXI.	86
	Perspectivas Masculinas.	88
Anexo		
Guía de entrevista		91
Bibliografía		94

INTRODUCCIÓN

El surgimiento de nuevas identidades de género ha traído consigo nuevas percepciones con respecto al papel que desempeñan hombres y mujeres dentro de la sociedad actual. El cambio cultural que esto ha generado tiene un fuerte impacto en diversos campos sociales, tales como la vida económica, política y familiar de los individuos. Por un lado, tenemos la erosión simbólica que representaba la autoridad y el poder masculino, la fractura de una época donde el hombre, hasta mediados del siglo pasado, fue quien ostentaba un estrato jerárquico superior con respecto a la mujer.

Esta diferencia que existía entre los sexos estaba determinada históricamente por la cultura tradicional de corte patriarcal. Las desigualdades eran evidentes y no sólo se enfocaban en la forma de vestir, en los valores o en la moral, sino que tenían otros alcances que establecían espacios específicos para cada uno. En el caso del varón los espacios públicos le fueron otorgados, las calles, el trabajo productivo, las cuestiones políticas; en el caso de la mujer los espacios privados fueron durante muchos años su espacio por excelencia: la casa, los hijos, la familia.

Por otro lado, encontramos que el origen de esta ruptura es el resultado de diversos cambios sociales, que con fuerte influencia del movimiento feminista del siglo XX, configuraron nuevas identidades femeninas y que en el desarrollo de éstas, la mujer fue adentrándose cada vez más a los espacios que le pertenecían exclusivamente a su par, insertándose a nuevas y diferentes esferas sociales que le eran lejanas y desconocidas.

Tal proceso de cambio cultural tiene efectos inmediatos en la transformación de la sociedad. En el contexto actual se habla de la crisis de la masculinidad en la cual el hombre se enfrenta al cambio de un paradigma al cual estaba acostumbrado, en el que él tenía el control de qué hacer, cómo hacer y dónde hacer. La resignificación de la identidad femenina implica para el género masculino construir una nueva identidad que le permita asumir una relación equilibrada con las mujeres (Montesinos, 2004).

Se habla también de la liberación de la mujer, aquélla que ha tomado la decisión de aventurarse a cosas nuevas que rompen con el *estatus quo* que las confinaba a los estereotipos tradicionales. Sin embargo, aún existen diversos obstáculos que detienen dicho cambio, y es que a pesar de que el mundo femenino en el transcurso de los años ha logrado entrar y apropiarse de muchos campos en los que el hombre era el centro de atención, sigue cargando con ciertas responsabilidades que parecieran ser sólo para ellas.

La llamada *doble jornada*, dinámica que implica no descuidar las obligaciones que tiene la mujer dentro del hogar al mismo tiempo a pesar de que haya accedido al mercado laboral y por tanto al trabajo remunerado. Ejemplo de ello es algo que nos menciona Nuria Chinchilla en su investigación *La Ambición Femenina*:

(...) si pretendemos un nuevo orden entre varón y mujer y sobre sus respectivos papeles en el mundo, no podemos ignorar la especificidad de la mujer: la maternidad y su modo de ver el mundo y organizar la vida, complementaria a la del varón: En el feminismo igualitario, el motor principal del cambio era el legislador, que modificaba las leyes y permitía la igualdad con los hombres por medio de una legislación uniforme (Chinchilla y León, 2005: 33)

Lo anterior explica algo muy sencillo pero que es el punto principal de la diferenciación entre hombres y mujeres, la capacidad exclusiva de la mujer de ser madre.

En ese sentido, la investigación tiene como propósito conocer, mediante la utilización de entrevistas a profundidad, la experiencia personal de las consultoras de belleza de Mary Kay; explorar, principalmente, cómo es la relación que existe entre la autonomía económica que han logrado en sus actividades laborales y la relación que tienen con sus parejas.

Para ello, en el primer capítulo de esta investigación se abordará el tema de los géneros y la cultura, ya que, tal como me dijo el doctor Rafael Montesinos “No se puede estudiar los géneros sin tener la noción de la cultura y viceversa”, es importante entender que la cultura consiste en todas aquellas manifestaciones de índole material, espiritual e ideológica que representan a los individuos y, en este caso, el género dota a los individuos de ciertos valores que aplicaran a su vida cotidiana dependiendo del hecho de haber nacido como hombre o mujer.

En el segundo capítulo me enfocaré en el tema de la mujer, delimitando lo mejor posible el objeto de estudio elegido. En este apartado se abordará la concepción de lo que es ser mujer desde el punto de vista biológico y social, se tomarán en cuenta los aspectos del matrimonio, la familia y las relaciones de poder, se hablará del movimiento feminista y las aportaciones que conllevaron a la ruptura simbólica del patriarcado para posteriormente hablar de las nuevas identidades femeninas.

Para finalizar me enfocaré en las consultoras de belleza de Mary Kay, hablando principalmente del cambio cultural que han protagonizado en su campo de trabajo, apoyándome de la experiencia personal y profesional que me brindaron en las entrevistas previamente realizadas y recopiladas.

De esta forma se intenta entender la identidad femenina de la mujer trabajadora en el contexto actual a través de describir los antecedentes de estas transformaciones y, no menos importante, conocer también el punto de vista de sus parejas, para saber cómo es el tipo de percepción del hombre respecto al cambio cultural generado por la incursión de la mujer al campo laboral.

CAPÍTULO I. MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL: CULTURA Y GÉNERO.

La sociedad es el producto de los seres humanos y los seres humanos somos producto de la sociedad, esta relación recíproca da a entender que la sociedad es creada colectivamente entre los individuos y toma una realidad objetiva mediante este proceso. La sociedad estructura y coordina las actividades de los hombres y, a su vez, radica en las actividades humanas, esto nos deja por entendido que la sociedad es un producto del hombre que se basa directamente con el fenómeno de la externalización del pensamiento humano, y por tanto, es un producto colectivo. De esta externalización surge la cultura, la cual tiene como propósito el dar estructuras firmes y viables al hombre, estructuras mentales que no corresponden a su vida en estado natural. Así convierte la cultura en su “segunda naturaleza”, y por esa misma característica debe tener un mantenimiento continuo con el fin de actualizarse ya que su estabilidad se encuentra condicionada a cambios diversos porque se transmite de generación en generación.

En este sentido se puede notar la estrecha relación que existe entre el concepto de cultura y sociedad. La sociedad es un producto del hombre que se funda bajo su misma

constitución biológica y las necesidades de relacionarse con los otros. Esta transformación exige una confrontación entre creación y creador, es decir, el hombre se enfrenta con una realidad exterior a sí mismo. Por otro lado, la cultura, consiste en la totalidad de los productos del hombre, va modificando su medio físico, lo cual le permite manipular la naturaleza a voluntad, crea el lenguaje como medio de comunicación y una serie de símbolos que representarán aspectos de su vida. La sociedad llega a ser entonces, un elemento de la cultura que comparte el carácter de ser un producto humano (Berger, 1969).

Al formar parte de la sociedad los individuos nos encontramos envueltos en un proceso dialéctico que pasa por tres etapas importantes: la externalización, la objetivación y la internalización de los cuales se hablará más adelante.

Así es como entendemos que la vida social no sólo es cuestión de incidentes del mundo natural, sino también es cuestión de acciones y expresiones que tienen cierto significado, y de sujetos que se expresan, que buscan comprenderse a sí mismos y a los demás mediante la interpretación de lo que producen y reciben (Thompson, 1993).

Reflexiones Sobre la Cultura

“Cultura” es un derivado de la palabra *culturam*, que en latín significaba, primordialmente, cultivo o cuidado de algo. El concepto fue usado en las lenguas europeas y no fue hasta principios del siglo XVI que el sentido original de la palabra se extendió poco a poco a la esfera de los procesos del desarrollo humano, llegando a ser de uso común hasta finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. A principios del siglo XIX la palabra cultura era sinónimo de civilización, refinamiento y orden. Thompson describe a la cultura de la siguiente forma:

La cultura es el proceso de desarrollar y ennoblecer las facultades humanas, proceso que se facilita por la asimilación de obras eruditas y artísticas relacionadas con el carácter progresista de la era moderna (Thompson, 1993: 189).

Es evidente que Thompson define, de forma muy concreta, el concepto desde un enfoque clásico, basándose en los significados que los europeos y, principalmente, el que los alemanes le asignaban. Cabe destacar que esta definición no pudo soportar tales suposiciones, pues, al privilegiar ciertas obras y ciertos valores sobre otros anteponían connotaciones etnocéntricas que acentuaban, por así decirlo, cierta superioridad. No fue hasta finales del siglo XIX que la finalidad del estudio de la cultura comenzó a preocuparse más por descifrar las costumbres, prácticas y creencias de las sociedades que constituían *al otro* (a las culturas primitivas) para Europa, esto gracias a la incorporación del concepto a la naciente disciplina de la antropología (Thompson, 1993).

En su investigación Thompson distingue dos empleos básicos que son fundamentales para entender la cultura: la concepción descriptiva y la concepción simbólica. En la concepción descriptiva de cultura, Thompson señala la descripción etnográfica de las culturas no europeas, en donde el concepto de cultura y civilización jugaban un papel importante durante el siglo XIX ya que definían el desarrollo gradual de la humanidad, englobando esto como la totalidad compleja que abarcaba el conocimiento, las creencias, la moral, el arte y las costumbres de los individuos.

Esta concepción se consideró como uno de los principales apoyos que formarían parte de una nueva disciplina profundamente relacionada con el análisis, la clasificación y la comparación de los elementos constitutivos para el estudio de diversas culturas; la antropología.

Por otra parte, para la concepción simbólica, Thompson manifiesta que el uso de símbolos ha sido un rasgo distintivo de la vida humana desde sus inicios. Sólo los humanos, dice, han logrado desarrollar plenamente un sistema de lenguaje y señas con el que pueden construir e intercambiar expresiones significativas.

El enfoque antropológico de cultura se opuso a la idea de que hay gente “con cultura” y gente “sin cultura”, destacando el hecho de que toda actividad y pensamiento humano es cultura, es decir, puede que existan diferentes culturas pero todo ser humano tiene algo en común, el hecho de ser culturales (Grimson, 2011). Este enfoque se interesó por comprender a “los otros” en sus propios términos, para ello era indispensable conocer el concepto de racionalidad de los pueblos primitivos, saber cómo piensan y aprender su lenguaje para comprender el sentido que le dan a su concepción de realidad. Grimson habla al respecto:

Para poder comprender una cultura es necesario comprender a los otros en sus propios términos, sin proyectar nuestras propias categorías de modo etnocéntrico. [...] Así, la noción de cultura pretendía dar una respuesta y ofrecer un abordaje para entender la unidad y la diversidad del género humano. Si la cultura era aquello que establecía la distinción universal de los seres humanos con respecto a la naturaleza era a su vez la base de las diferencias (Grimson, 2011: 57).

Es así como el concepto de cultura pasó a desempeñar la función de categoría clasificatoria que la raza, en su momento, ya no pudo cumplir. Dejó de ser historia y se convirtió en naturaleza, estableció fronteras fijas tanto en cuestiones simbólicas como en costumbres y valores de una comunidad establecida en un territorio determinado. Esto no quiere decir que no hayan surgido nuevas dificultades teóricas, ya que al considerar a los grupos humanos como unidades clasificables con respecto a su cultura también los clasificaba en términos ético-políticos.

Estas nuevas dificultades tienen su origen en la concepción de que cada cultura tenía su “propia isla”, es decir, se encontraban aisladas unas con otras, definidas, por la raza, por el color de piel, por las características físicas de los individuos, por sus capacidades cognoscitivas, marcando las diferencias de una forma jerárquica, como si una cultura tuviese más valor que otras. Grimson lo explica en la siguiente cita:

Tres fenómenos sociales resquebrajaron la imagen del archipiélago. [...] Las presencias imperiales fueron y son elocuentes respecto de la heterogeneidad y la desigualdad en ciertos territorios. En segundo lugar, las migraciones [...] demostraron que, si alguna vez hubo “islas culturales”, las personas, no obstante, se mueven desde hace tiempo de una isla a otra. [...] En tercer lugar, la transformación de las tecnologías de la comunicación planteó un horizonte nuevo en el que –aunque la mayoría de las personas no se trasladan los símbolos y los mensajes se desplazan generando una conciencia de contemporaneidad. Así, la heterogeneidad cultural en un mismo espacio es menos novedosa que su visibilidad. (Grimson, 2011: 59-60).

Estos tres fenómenos explican de manera muy general cómo es que el choque de culturas presenta un problema con relación a la diversidad humana. La uniformidad de los grupos, de las sociedades, de las culturas se vio amenazada con diversos fenómenos sociales que rompieron estas estructuras. La interculturalidad fue provocada por personas que cambiaban constantemente de territorio, esto en el caso de las migraciones (situación que se acentuó en el siglo XX). Por otro lado, como lo aborda Grimson, la transformación de las tecnologías amplió el intercambio de información y por consiguiente, de lenguaje, de percepción, de la forma en como se ve el mundo.

Por otro lado, Ángela Giglia explica que las sociedades, las culturas y las etnias no se ofrecen tal cual al observador, sino que son resultado de procesos de ordenamiento, clasificación, abstracción, tienen su propio paradigma en cuanto a conocimientos y una construcción socio-histórica, la cual es dominada por la expansión europea y derivada por la creación de imperios coloniales.

Podemos definir cultura –en el sentido antropológico– como el conjunto dinámico –es decir, cambiante– de representaciones (ideas, valores, símbolos) y prácticas que hacen posible la relación de los seres humanos con el mundo que los rodea. Este conjunto dinámico suele variar considerablemente según los diferentes contextos sociales y geográficos (Giglia, 2012: 45-46).

Y continúa:

En el siglo XIX y hasta comienzos del siglo XX, dentro de un marco conceptual positivista y evolucionista, dominado por la fe en el destino progresivo de la humanidad, el tema de las relaciones entre culturas no estaba planeado en términos de conflicto ni era considerado como un problema social (Giglia, 2012: 46).

En la actualidad las relaciones entre culturas conllevan a conflictos que no necesariamente son de orden cultural, sino que pueden expresarse en todo tipo de repudio, reivindicación o búsqueda de sentido. La intolerancia a lo diferente o la carencia de aceptación al propio ser son fuente de esta problemática. Octavio Paz ejemplifica esta situación hablando del pachuco, aquél sujeto que ha perdido su herencia: lengua, religión, costumbres, creencias. El pachuco, para Paz, encuentra, a través de su vistosa y excéntrica forma de vestir, una ambigüedad cultural que se presenta en todas sus formas; por una parte lo aísla y distingue del resto, por otra constituye un homenaje dedicado a la sociedad que pretenden negar.

En este caso, el pachuco toma la decisión de separarse de la sociedad para crear una singularidad. Aquel disfraz que usa lo protege de las miradas ajenas, ocultándolo y, al mismo tiempo, exhibiéndolo como alguien diferente.

(...) el “pachuco” intenta ingresar a la sociedad norteamericana. Más él mismo se veda el acceso. Desprendido de su cultura tradicional, el pachuco se afirma un instante como soledad y reto. Niega a la sociedad de que procede y a la norteamericana. El “pachuco” se lanza al exterior, pero no para fundirse con lo que lo rodea, sino para retarlo. Gesto suicida, pues el “pachuco” no afirma nada, no defiende nada, excepto su exasperada voluntad de no-ser (Paz, 1999: 19-20).

El punto al que Paz quiere llegar es a la existencia de un sentimiento real o supuesto de inferioridad frente al mundo. El pachuco reclama y a la vez rechaza, niega el lugar de donde vino pero no quiere estar a donde llegó y eso provoca en el individuo el sentimiento más devastador de todos; el de la soledad, porque, a pesar de lo que se piense, sentirse solo no significa sentirse inferior, sino simplemente sentirse distinto.

En ese sentido la cultura experimenta una serie de obstáculos tanto materiales como simbólicos que la sociedad debe enfrentar. Se debe entender a la cultura no como un elemento estático y ya establecido del ser humano, sino todo lo contrario, como un elemento que se encuentra en constante cambio con relación a los individuos, a las prácticas sociales, al lenguaje, a la realidad misma. Para Peter Berger el mundo cultural no

sólo es una creación colectiva, sino que también conserva su realidad en virtud de un reconocimiento colectivo, es por ello que afirma que la sociedad es una condición necesaria de ésta.

La cultura, aunque se convierte para el hombre en una «segunda naturaleza», sigue siendo algo muy diferente de la naturaleza, precisamente porque es el producto de la propia actividad del hombre. Este debe crear y recrear de manera continua la cultura. Por ende, sus estructuras son intrínsecamente precarias y se hallan predestinadas al cambio. El imperativo cultural de la estabilidad y el carácter intrínsecamente inestable de la cultura plantean, juntos, el problema fundamental de la actividad constructora de mundos propia del hombre (Berger, 1969: 17-18).

Peter Berger explica desde un enfoque social que la sociedad construye un mundo que debe moldearse ya que, al nacer, el hombre se encuentra inconcluso. El hombre no tiene un mundo para sí mismo como lo tienen los animales, esto es porque ellos se encuentran “programados” por su propia constitución y viven en un mundo que va de acuerdo a su especie; por ello el hombre debe crear uno nuevo para poder desarrollarse con sus iguales.

Ya que la sociedad no sólo asigna roles a los individuos, sino particularmente, identidades establecidas, es indispensable conocer este proceso para entender cómo es que los individuos se van recreando a sí mismos a través de la interacción colectiva con el medio que los rodea.

La *externalización* es la primera etapa. Es una necesidad antropológica en la cual el hombre no puede simplemente existir singularmente, sino que debe relacionarse con sus iguales. Esto refiere a que el hombre instintivamente y desde el nacimiento está programado para hacerlo, aunque no del todo. Esta construcción se alcanza a través de la especialización de sus impulsos y actividades que logran su estabilidad. Es en este momento cuando se logra la cultura, ya el hombre consigue ubicarse en un sitio determinado, propio para su seguridad y reproducción social.

La *objetivación*, etapa en la cual el hombre comienza la transformación de los “productos”. Berger explica que, a pesar de que todos estos productos surgen de la externalización y se convierten en algo ajeno a él, esto ajeno tiene la capacidad de resistir los caprichos del productor, en otras palabras, el hombre pasa de ideas efímeras a ideas

concretas y complejas; desde su pensamiento crea objetos (que pueden ser materiales o no materiales) los cuales alcanzan una realidad física o simbólica como las herramientas o las ideologías, y por tanto, alcanzan una realidad objetiva. Este nuevo mundo adopta ciertas características que se validan en un sentido colectivo (la sociedad), y cuando esto sucede es muy difícil cambiarlo a voluntad propia.

Por último, la *internalización*. Esta etapa puede visualizarse como una reabsorción, un mediador. En este punto el individuo aprehende varios elementos del mundo objetivado como fenómenos internos en su conciencia, y al mismo tiempo, los aprehende como fenómenos de una realidad externa. El individuo se incorpora a la sociedad a través del interés de estos significados objetivos, se identifica con ellos y eso ayuda a moldear su propio yo, se apropia de los significados, poseyéndolos y expresándolos.

Estas tres etapas pueden comprenderse mejor si lo vemos como un círculo constante y repetitivo en el cual el hombre crea una realidad, que en primera instancia se encuentra en su pensamiento y se va formando de acuerdo a sus intereses (que por lo general suelen ser colectivos). Cuando esa realidad alcanza una esencia propia y objetiva el hombre se enfrenta con ella, se apropia de ella, la controla y al final esta realidad vuelve a él, la interpreta de manera subjetiva para que pueda comprenderla y así formar una conciencia propia a través de un proceso colectivo.

De esta forma Berger explica cómo es el proceso en que los individuos van formando una cultura en la que se encuentran inmersos. Y es que toda cultura tiene sus propias pautas de comportamiento, algunas podrán resultar extrañas ante quienes proceden de otro ámbito cultural (Giddens, 1991).

La variedad de la cultura humana es asombrosa. Las formas de comportamiento aceptadas varían enormemente de una cultura a otra y, a menudo, contrastan notablemente con lo que los occidentales consideran "normal". Por ejemplo, en Occidente hoy en día se considera que el asesinato deliberado de bebés y niños constituye uno de los peores crímenes. Sin embargo, en la cultura china tradicional a menudo se estrangulaba a las niñas al nacer porque se las consideraba un lastre más que una ventaja para la familia (Giddens, 1991: 49).

Giddens ejemplifica la variedad de la cultura tomando en cuenta el pensamiento occidental contrapuesto con el pensamiento oriental. Giddens precisa que toda actividad cotidiana parecerá extraña si se describe fuera de contexto. Los estándares de belleza, así como las prácticas y creencias, la religión o la sexualidad deben ser estudiados, en lo posible, fuera de proyecciones propias del observador, ya que esto causaría un conflicto al momento de interpretar el comportamiento de otras culturas humanas.

Y así, como los autores anteriores, Giddens da suma importancia al proceso de socialización, ya que es el proceso por el cual nos vamos convirtiendo desde pequeños en personas conscientes de nosotros mismos, con ciertos conocimientos y manifestaciones de la cultura en la que hemos nacido (Giddens, 1991).

Bástenos, pues, con repetir que la palabra “cultura” designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres (Freud, 1998: 51).

Para Freud uno de los aspectos importantes a resaltar en todo aspecto cultural parece ser la religión. Hay que recordar que existen tres costumbres humanas fundamentales que toda cultura comparte: El matrimonio, el culto a la muerte y la religión. Freud se preocupa por el individuo, principalmente por su sentido erótico, en el cual si es el que predomina el sujeto antepondrá los vínculos emocionales para con los otros; si tiende la autosuficiencia narcisista entonces buscará satisfacciones en procesos anímicos internos (Freud, 1998).

La religión, dice Freud, perjudica tal elección, ya que impone a todos el camino de conseguir dicha y protegerse del sufrimiento. Deprime el valor de la vida y desfigura de manera delirante el mundo real. La religión, en este caso, consigue ahorrar a muchos hombres y mujeres la neurosis individual. (Freud, 1998).

Como último rasgo de una cultura, pero sin duda no el menos importante, apreciamos el modo en que se reglan los vínculos recíprocos entre los seres humanos: los vínculos sociales, que ellos entablan como vecinos, como dispensadores de ayuda, como objeto sexual de otra persona, como miembros de una familia o de un Estado. Es particularmente difícil librarse de determinadas demandas ideales en estos asuntos, y asir lo que es cultural en ellos. (Freud, 1998: 58).

Freud presume que nunca terminaremos de dominar la naturaleza, nunca completamente. Nuestro organismo parte de ella y así será siempre, limitada en su

adaptación y en su operación. Aclara que el conocimiento que se adquiriera no es paralizante, todo lo contrario, indica el camino a nuestra actividad humana.

Por último y para continuar con el concepto de género el cual abordaré más ampliamente para los propósitos de la investigación, Freud habla de la libertad individual, la cual no es un patrimonio cultural ya que ésta fue máxima antes de toda cultura. Enfrenta limitaciones por el desarrollo mismo de la cultura.

Interpretaciones Sobre el Género

El concepto de género surge en el campo de la medicina en 1965. En este año se establece la diferenciación entre sexo y género, esto basado en investigaciones en niños y niñas con problemas anatómicos congénitos, quienes “habían sido educados en un sexo que no les correspondía”. El objetivo del concepto era eliminar el biologismo que se hallaba implícito en el concepto sexo y, de esta forma, sustituirlo por un concepto sociológico para referirse a los aspectos sociales y culturales que se entienden en la construcción de la identidad sexual y las funciones sociales asociadas directamente al sexo (Pujal, 2007).

El género se entiende como un sistema de prácticas y símbolos que representan normas y valores que las sociedades construyen en torno a las diferencias biológicas entre hombres y mujeres. Constituye tanto una realidad subjetiva como objetiva. Este sistema organiza las relaciones entre lo femenino y lo masculino (haciéndolo como ya desde hace años, jerárquicamente). Es una categoría clasificatoria para los actores sociales quienes recrean continuamente los significados a través del lenguaje y la cultura (Szasz, 2004).

En ese sentido, los sistemas de género son universos simbólicos de amplio alcance que definen a los seres humanos sexuados, crean, mantienen y reproducen instituciones específicas, orientando la acción de los individuos y dotándolas de sentido, constituyendo uno de los grandes ejes de la desigualdad y la estratificación social (De Barbieri, 2004).

Así que el hecho de entender el género como un imperativo social que obliga a llevar a cabo ciertos comportamientos y deseos en una determinada dirección es parte fundamental de lo que hoy se denomina “violencia de género”. El ser hombre o mujer conlleva una serie de comportamientos y deseos que difícilmente pueden dejar de asumirse si se quiere ser aceptado socialmente. Uno de estos comportamientos o deseos es la heterosexualidad, que juega un papel destacable e incluso, quizá, definitivo (Gil, Loret, 2007).

En algunas sociedades, la cuestión de la identidad no es muy importante para definir lo que se hace y, a la inversa, las prácticas sexuales no definen identidades. En otros casos, una misma práctica es relacionada con identidades sexuales en algunas culturas y no lo es

en otras. Sin embargo, en las sociedades occidentales y en muchas en vías de modernización, la definición de las identidades se vuelve cada vez más importante y más un terreno de opción (Parker y Gagnon, 1994; Weeks, 1998 citados por Szasz, 2004).

Como categoría de análisis el género ha abierto nuevos campos de estudio. Los usos y concepciones del género comúnmente han sido determinados por las distintas disciplinas y teorías para la interpretación de la condición social de las mujeres. El género viene a ser un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias de los sexos, dicho esto, los cambios en las representaciones sociales corresponden a cambios en las representaciones de poder (Montesinos, 2002).

Por otro lado, Marta Lamas explica que la cultura marca a los seres humanos con el género (como una manera de clasificarlos), y el género marca la percepción de todo lo demás: las cuestiones sociales, las cuestiones políticas, las cuestiones religiosas, las cuestiones de la vida cotidiana. En ese sentido, la lógica del género, como Montesinos también lo explica, es una lógica de poder, de dominación. Por su parte Gil expresa:

Desde la antropología se ha definido el patriarcado como un sistema de organización social en el que el poder político, económico, religioso, militar y la organización familiar están encabezados por hombres. Todas las sociedades humanas presentes son patriarcales, aunque podemos encontrar algunas rendijas de sociedades matriarcales en algunas culturas que aún permanecen al margen de la lógica occidental. El patriarcado es una organización muy antigua que llega hasta nuestros días y que se produce en diferentes grados en muchas de las sociedades, por lo que muchas autoras otorgan al patriarcado un carácter universal (Gil, Loret, 2007: 23).

Como vemos, el género abre el estudio de las relaciones entre hombres y mujeres, entre las percepciones de masculinidades y feminidades. La identidad genérica varía de persona en persona, de cultura en cultura y en cada momento histórico. Al igual que la cultura, el género es una categoría cambiante, ya que cambia la manera en cómo se simboliza e interpreta la diferencia sexual. A pesar de ello, la diferencia sexual permanece como referencia universal que da pie a la simbolización del género como a la estructuración psíquica (Lamas, 1996).

El uso riguroso de la categoría género conduce ineluctablemente a la desencialización de la idea de mujer y de hombre. Comprender los procesos psíquicos y sociales mediante los cuales las personas nos convertimos en hombres y mujeres dentro de un esquema cultural

de género, que postula la complementariedad de los sexos y la normatividad de la heterosexualidad (Lamas, 1996: 173).

Las anteriores nociones de género nos dejan observar que, al igual que la sexualidad, se encuentran dentro de un mismo proceso de construcción y codificación ya que parece ser que lo primero nos lleva a lo segundo y viceversa. El nacer hombre o mujer, dentro de una cultura determinada, lleva consigo la, por así decirlo, responsabilidad de cómo comportarse, tanto de manera personal como públicamente.

Esta definición genérica-sexual de lo socialmente aceptado o estipulado para cada uno ha determinado cierta posición desigual entre los sujetos, posición dicotómica que designa a los hombres como la población dominante y a las mujeres como sus subordinadas. Este desequilibrado juego de roles se ha extendido a todos los órdenes de la vida cotidiana de los sujetos, incluyendo su vida sexual.

Las identidades de género se construyen, en una medida importante, relacionadas con creencias sobre la sexualidad. En muchos contextos existen normas que orientan a las mujeres hacia una sexualidad vinculada a la maternidad o hacia formar o mantener una pareja conyugal y reprimen manifestaciones activas de deseos eróticos o de experiencia sexual en las mujeres. El comportamiento o el prestigio sexual de las mujeres puede constituir un recurso social en los contextos de mayor vulnerabilidad, en los que la capacidad de proveer de una pareja masculina constituye el principal vehículo de subsistencia y de movilidad social de las mujeres. A la inversa, se estigmatiza y discrimina a las mujeres sin pareja sexual, o abandonadas (Szasz, 2004).

Como podemos notar, Ivonne Szasz pone en tela de juicio el aspecto de las identidades de género. En este caso, y enfocándonos en el contexto occidental y actual, aún existen muchas situaciones que reprimen el comportamiento de las mujeres, orientándolo a un *deber ser* tradicional, repleto de estereotipos, que condicionan la vida de la mujer.

En los estudios sociales, entender la sexualidad es siempre un ejercicio profundo de comprensión de significados locales. Se refiere a poblaciones y comunidades insertas en sub-culturas, desigualdades y diversidades sociales. El enfoque de los estudios es necesariamente social y contextual, no es centrado en los individuos. Las personas se consideran siempre insertas en culturas, y las culturas se construyen relacionamente a través de experiencias y significados vividos colectivamente. Para el discurso crítico de las ciencias sociales, no existen los comportamientos individuales ratificados y des-contextualizados. Todo comportamiento constituye una práctica social y es relacional e históricamente producido (Szasz, 2004).

Ante estas incógnitas, Jeffrey Weeks plantea tres preguntas que para él son decisivas para entender el comportamiento de la sexualidad: ¿cómo se configura la sexualidad y de qué manera se articula con las estructuras económicas, políticas y sociales? ¿Cómo y por qué la sexualidad ha logrado una organización crítica y con tanto significado simbólico en la cultura occidental? Y ¿Cuál es la relación entre sexo y poder? (Weeks, 1998).

Weeks intenta explicar esto diciendo que la sexualidad es algo que la sociedad produce de manera compleja, siendo el resultado de prácticas sociales que dan significado a las actividades humanas, autodefiniciones y luchas entre quienes tienen el poder para definir y reglamentar contra quienes se resisten; La sexualidad no es un hecho ya establecido, sino un producto de negociación humana.

Algunas sociedades muestran tan poco interés en la actividad erótica que han sido llamadas más o menos "asexuales". Las culturas islámicas, por el contrario, han desarrollado una visión lírica del sexo con intentos permanentes por integrar lo religioso a lo sexual. Bouhdiba escribe acerca de "la legitimidad radical de la práctica de la sexualidad" en el mundo islámico [...] El Occidente cristiano, de manera notable, ha visto en el sexo un terreno de angustia y conflicto moral, y ha erigido un dualismo duradero entre el espíritu y la carne, la mente y el cuerpo (Weeks, 1998: 64).

La historia de la sexualidad no es una simple historia de control, es también una historia de oposición y resistencia a los códigos morales establecidos. Una forma en la que se presenta esta resistencia es en la creciente ola de los métodos de control de la natalidad y en la práctica del aborto. También hay que subrayar que las condiciones de trabajo configuran la vida sexual. Un ejemplo de ello se encuentra en las décadas de 1920 y 1930 en donde se afirma que las mujeres que trabajaban en fábricas solían conocer mucho mejor los métodos de control artificial de natalidad, y esto, a su vez, les concedía la noción de limitar el tamaño de sus familias más que las mujeres que trabajaban únicamente en el hogar o en el servicio doméstico (Weeks, 1998). Por su parte, De Barbieri señala:

La división social del trabajo es un ámbito fundamental del sistema de géneros, pero como consecuencia del conflicto de poder y por lo tanto del control que los varones ejercen sobre la capacidad reproductiva y el acceso sexual a las mujeres, mas no como la clave desde donde se origina la subordinación-dominación entre los géneros. (De Barbieri, 1999: 11).

Además de la sexualidad, otra área en la que la desigualdad de género se hace presente es en la cuestión laboral. La esfera del trabajo, tal como lo dice Teresita de Barbieri, libra una batalla de poder. La subordinación de la mujer ante el hombre se hace presente en la división sexual y social del trabajo, esto influenciado por cargas culturales que tienen su origen en el patriarcado.

Por estas razones, al igual que la cultura, el concepto de género se reformuló pensando en la desigualdad que generaban las relaciones hombre-mujer.

En los años setenta el feminismo académico anglosajón impulsó el uso de la categoría gender (género) con la pretensión de diferenciar las construcciones sociales y culturales de la biología. Además del objetivo científico de comprender mejor la realidad social, estas académicas tenían un objetivo político: distinguir que las características humanas consideradas "femeninas" eran adquiridas por las mujeres mediante un complejo proceso individual y social, en vez de derivarse "naturalmente" de su sexo (Lamas, 1996: 147).

Esta nueva perspectiva naciente del movimiento feminista del siglo XX impulsó un enfoque distinto al que se tenía para estudiar éstas relaciones. Por supuesto, representó un golpe importante al patriarcado. La incorporación de la mujer al mercado de trabajo conllevó a la transformación del núcleo familiar y por ende, a las relaciones de pareja. La tendencia de la autosuficiencia económica fue uno de los principales factores que provocaron un cambio cultural de grandes dimensiones.

La diversificación de la presencia femenina en el mercado de trabajo nos permite sostener que el concepto de división sexual del trabajo está rebasado en los estudios modernos sobre la mujer. La incursión de la mujer en carreras universitarias le concedió habilidades y conocimientos para cumplir con el perfil profesional que permite escalar las estructuras jerárquicas. De tal forma que la modernización cultural de la sociedad occidental y su expresión particular en el contexto de la mexicana advierte, junto con un proceso complejo de nuevas relaciones socioculturales, la emergencia de nuevas formas de expresión de la identidad femenina (Montesinos, 2002: 43).

En el párrafo anterior Rafael Montesinos explica que la incursión de la mujer a la esfera laboral implica nuevas representaciones simbólicas que rompen con el esquema de la sociedad tradicional, en este caso, enfocándose en la cultura mexicana. En este contexto la mujer, quien había sido confinada al espacio privado sale e irrumpe en todos los ámbitos de la vida pública, la cual le pertenecía tradicionalmente al varón. La posición que estas

mujeres van adquiriendo al paso del tiempo en la sociedad y la participación que tienen representa un resquebrajamiento para la identidad masculina, tal y como lo propone Montesinos en la siguiente cita:

(...) la crisis de la masculinidad, según mi interpretación, obedece a la crisis del estereotipo tradicional del ser hombre, el asociado al ejercicio despótico del poder en contra de la mujer, la raíz de la lucha político-ideológica del movimiento feminista, y el avance en la construcción de sociedades cada vez más democráticas. La crisis de la masculinidad se debe también a la emergencia de nuevas identidades femeninas, mujeres con poder, que al lograr su autonomía económica emergen como figuras que cuestionan la capacidad proveedora del varón y la superioridad masculina. Sumado a ello la crisis de la masculinidad se verifica cuando el varón encuentra un mercado de trabajo cada vez más agresivo, que lo obliga a reconocer la necesidad del ingreso económico femenino; el varón que prácticamente asume que ha sido vencido por el mercado de trabajo, por lo que ha de desempeñar trabajos para los cuales está sobre-calificado o aceptar el desempleo (Montesinos, 2014: 65).

Tomando en cuenta lo anterior debemos entender que el surgimiento de nuevas identidades femeninas trae consigo la necesidad de nuevas identidades masculinas. El estudio del género no puede enfocarse solamente a uno de los dos sexos. Es indispensable comprender que las representaciones simbólicas que se generan dentro de las relaciones sociales de los individuos tienen implicaciones en su forma de pensar, en su forma de actuar, en la forma en la que ven el mundo, se hallan en él, exteriorizan su conciencia, objetivaban de manera colectiva sus pensamientos a través de la cultura e interiorizan subjetivamente todo este conocimiento reabsorbiendo e interpretándolo.

La desigualdad de género es reproducida simultáneamente en el plano individual y colectivo, genera brechas sociales entre hombres y mujeres y se articula con otros ejes de desigualdad social (CEPAL, 2005). Estas desigualdades son el principal foco de atención cuando se habla de género.

Bourdieu ejemplifica el origen de esta desigualdad hablando sobre los Cabil. Toca el tema del sentido objetivado de las cosas, el cual se revela a través de las prácticas estructuradas organizadas en relación a ellos (los sujetos). Habla sobre la ordenación de la casa Kabylle, la cual está dividida según los sexos, confinando a los hombres al espacio público: el trabajo, las relaciones políticas con los miembros de la sociedad, a mirarse al

rostro con los otros; mientras que las mujeres son confinadas al espacio privado: la familia, la casa, los hijos, lo íntimo y oscuro del hogar (Bourdieu, 1992).

Bourdieu muestra la oposición que existe entre el género, entre el sentido de lo masculino y lo femenino, lo que parecieran ser dos mundos completamente diferentes que convergen en un mismo punto; la familia, de la cual se desprende la sociedad.

La casa misma es dotada de una significación doble. Si es cierto que se opone al mundo público como la naturaleza a la cultura, desde otro punto de vista es también cultura: ¿no se dice del chacal, encarnación de la naturaleza salvaje, que no hace casa? (Bourdieu, 1992: 429).

El hombre es representado como la luz, como el día, como lo que ilumina; es el campo y tierra; es la vida pública, el exterior. Mientras tanto la mujer es oscuridad, es la noche, es aquello que protege, es la casa y el jardín, es el estanque y él, es quien aporta; ella retiene, él conserva. Los roles que juegan los individuos en esta sociedad argelina están fuertemente relacionados con la estructura simbólica del espacio dentro de la casa.

Con Bourdieu observamos un acondicionamiento que pareciera ser muy simple entre el par hombre-mujer, pero en realidad vemos una de las formas más complejas que estructuran la sociedad desde sus inicios. Engels afirma, en *El origen de la familia, el estado y la propiedad privada*, que el derrocamiento del derecho materno fue la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo. (Engels, 1995).

Aunque por un lado el dominio de corte patriarcal ha sido el dominando durante los últimos, podríamos decir, dos mil años Engels presume que no en toda cultura la mujer, después de su derrocamiento, fue subordinada, sino que algunas veces ella seguía siendo la jefa del hogar:

Una de las ideas más absurdas que nos ha transmitido la filosofía del siglo XVIII es la opinión de que en el origen de la sociedad la mujer fue la esclava del hombre. Entre todos los salvajes y en todas las tribus que se encuentran en los estadios: inferior, medio y, en parte, hasta superior de la barbarie, la mujer no sólo es libre, sino que está muy considerada. Arthur Wright, que fue durante muchos años misionero entre los iroquesenses, puede atestiguar cual es aún esta situación de la mujer en el matrimonio sindiásmico. Wright dice: "Respecto a sus familias, en la época en que aún vivían en las antiguas casas grandes (domicilios comunistas de muchas familias)... predominaba siempre allí un clan (una gens), y las mujeres tomaban sus maridos en otros clanes

(gens)... Habitualmente, las mujeres gobernaban en la casa; las provisiones eran comunes, pero ¡desdichado del pobre marido o amante que era demasiado holgazán o torpe para aportar su parte al fondo de provisiones de la comunidad! (Engels, 1995: 28).

Para finalizar este apartado y continuar con el concepto de mujer en cuanto a cuestiones biológicas y sociales me parece pertinente concluir aterrizando el tema de la cultura y el género en la sociedad mexicana. Ya que la presente investigación está enfocada en conocer la transformación de la identidad de las mujeres trabajadoras, en este caso el de las consultoras de belleza de Mary Kay, con relación a sus actividades laborales, su vida familiar y por supuesto su vida matrimonial. Para esto, es indispensable tener en mente que el juego de roles de hombres y mujeres se han intercambiado progresivamente, con ello me aventuro a decir que pareciera que actividades que eran exclusivas de los hombres han sido apropiadas por las mujeres, y viceversa. Temas relacionados con la sexualidad, la virginidad, la infidelidad, en el caso de las mujeres, poco a poco dejan de ser llamados “tabú” y pasan de ser un asunto morboso a un asunto de estudio serio. Por otro lado, y no menos importante, es que se ha abierto un tema muy interesante a discusión sobre el rumbo que deberá de tomar el hombre con respecto a su identidad masculina.

Para concluir, una opinión de Rafael Montesinos con respecto al cambio cultural que se vive en México:

El cambio cultural ha provocado un proceso en el cual el mexicano moderno demuestra su retraso para asumir que el hombre no es superior a la mujer, sino biológicamente diferente. Esto provoca la interiorización de un proceso conflictivo que, más que aprovechar los beneficios de relaciones genéricas menos oprimidas por los valores patriarcales, sume a los miembros del género masculino en una situación nada cómoda. Los hombres no comprenden cómo superar los restos de una cultura tradicional que todavía los influye en su forma de percibir el rol que han desempeñar en su relación con el otro género (Montesinos, 2002: 160).

CAPÍTULO II. LA MUJER: ASPECTOS BIOLÓGICOS Y SOCIALES

Los seres humanos, en el momento de ser concebidos, no somos masculinos ni femeninos, no es hasta la octava semana de vida fetal que se dispara el conmutador genético. Si el embrión se inclina a ser niño, un gen del cromosoma “Y” induce a las gónadas incipientes a convertirse en testículos. Estos órganos sexuales en proceso de su desarrollo producen las hormonas masculinas que forman por completo los genitales del hombre para posteriormente contribuir a la configuración del cerebro masculino. Dicho esto, la mujer puede ser entendida como el primer sexo, ya que hay que añadir sustancias químicas para que se forme un hombre (Fisher, 2000).

Por otro lado, las diferencias sexuales son construidas mediante teorías psicofisiológicas que tienden a mostrar diferencias en el cerebro de hombres y mujeres, y éstas se interpretan como una causa de las diferentes capacidades entre los sexos con respecto a los procesos cognitivos del cerebro de cada uno. O por otro lado, se construyen a través de teorías psicológicas que definen qué rasgos psicológicos son exclusivamente masculinos y qué rasgos son exclusivamente femeninos (Pujal, 2007).

Sin embargo, la división de los sexos no es un hecho biológico, sino histórico. La oposición que se ha dibujado en torno a esto es evidente, la pareja es una unidad fundamental cuyas dos mitades están yuxtapuestas la una con la otra. Esto hace imposible dividir la sociedad y con ello caracteriza, tanto a la mujer como al hombre: ella es la alteridad en el corazón de una totalidad en la que el par (hombre-mujer) son necesarios el uno con el otro (Beauvoir, 2002).

(...) a los varones se les educa para la independencia sexual y con doble moral, la que les permite establecer otras relaciones al mismo tiempo que mantienen un compromiso con otra persona. Por otro lado, a las mujeres se les enseña a tener miedo a la libertad, miedo a tomar decisiones y tener miedo a la soledad (Guzmán, 2014: 72).

La mujer es una matriz, un ovario; es una hembra, y esta palabra pareciera ser suficiente para definirla. El término es peyorativo, no porque delimite a la mujer a la naturaleza, sino que la confina en su sexo. Beauvoir define a la mujer desde un enfoque biológico, psicoanalítico y desde el materialismo histórico. En el primero destaca las características biológicas de la mujer, habla sobre los procesos embrionarios, la infancia de los individuos, los cambios hormonales de la mujer, su pubertad, la menstruación, el sentido de la maternidad.

Estos datos biológicos son de suma importancia: representan, en la historia de la mujer, un papel de primer orden; son elemento esencial de su situación: en todas nuestras descripciones ulteriores tendremos que referirnos a ellos. Porque, siendo el cuerpo el instrumento de nuestro asidero en el mundo, este se presenta de manera muy distinta según que sea asido de un modo u otro. [...] constituyen una de las claves que permiten comprender a la mujer [...] lo que rechazamos es la idea de que constituyan para ella un destino petrificado. No bastan para definir una jerarquía de los sexos; no explican por qué la mujer es lo Otro; no la condenan a conservar eternamente ese papel subordinado (Beauvoir, 2002: 17).

El embarazo es el único fenómeno natural de aceptación por el cuerpo femenino, y por tanto, por la psiquis de un cuerpo ajeno. Las mujeres, en este caso, las que son madres se encuentran dotadas de una fuerte capacidad de recepción, de virtudes que son esenciales y que son ignoradas por la mayoría de los hombres. En este sentido, un enfoque de este tipo condena en un mismo movimiento a hombres y mujeres que ignoran la maternidad y su proceso. (Badinter, 2003). Esto hace que la biología se muestre como un muro de virtudes y roles.

En otras palabras, si la maternidad es la esencia de la femineidad, se podría pensar que aquella mujer que la rechaza es anormal ya que se le etiqueta de una forma “viril” al no tener la intención de procrear. Es así como la sociedad define, de cierta forma, el rol que la mujer debe cumplir como madre, haciendo de esta responsabilidad una necesidad en vez de una elección.

La mujer tiene una relación más próxima que el hombre con su cuerpo, incluyendo los sentidos plenamente objetivos y elementales. Depende más de su cuerpo porque ella se encuentra más condicionada por él que el varón. Ella está más inmersa en su corporeidad y, por tanto, se encuentra más afectada por ésta misma (Marías, 1980). La mujer nace para el sufrimiento; cada paso que ella da es una herida, la desgarrar. La palabra “Madre” significa matriz, esto simboliza que después de su labor de parto su trabajo no ha terminado, ya que la maternidad sigue y seguirá, en ese sentido podría decirse que toda su vida está dando a luz (Michelet, 1985).

En el aspecto psicoanalítico, Beauvoir critica a Freud ya que él no se preocupó en demasía por detallar el destino de la mujer, su esencia; si bien habla de la sexualidad de la mujer, la cual está igual de evolucionada que el hombre, no la estudia en debida forma.

Supone que la mujer se siente hombre mutilado: pero la idea de mutilación implica una comparación y una valoración; muchos psicoanalistas admiten hoy que la niña echa de menos el pene sin suponer, no obstante, que la han despojado del mismo; incluso ese pesar no es tan general, y no podría nacer de una simple confrontación anatómica; muchísimas niñas no descubren sino tardíamente la constitución masculina; y, si la descubren, lo hacen exclusivamente por medio de la vista; el niño tiene de su pene una experiencia viva, que le permite sentirse orgulloso, pero ese orgullo no tiene un correlativo inmediato en la humillación de sus hermanas, porque estas no conocen el órgano masculino más que en su exterioridad: esa excrecencia, ese frágil tallo de carne, puede no inspirarles sino indiferencia y hasta disgusto; la codicia de la niña, cuando aparece, resulta de una valoración previa de la virilidad (Beauvoir, 2002: 19)

Si la mujer lograra afirmarse como sujeto se inventaría un equivalente al falo, en ese caso, la matriz es una posibilidad de ello, puede llegar a ser una posesión mucho más preciosa que el pene.

Por último, desde el materialismo histórico, donde dice que la humanidad no es una especie animal, sino una realidad histórica. En ese caso, la mujer no puede ser considerada

solamente como un organismo sexuado. Con respecto a lo biológico, Beauvoir dice que únicamente las acciones que adquieren importancia son aquellas que tienen un valor concreto.

La conciencia que la mujer adquiere de sí misma no está definida sólo por su sexualidad, sino que refleja una situación que depende de la estructura económica de la sociedad. Con respecto a lo biológico, los rasgos esenciales que caracterizan a la mujer son su aprehensión del mundo, la cual tiene menor amplitud que la del hombre, y que se encuentra más estrechamente subyugada a la especie. Sin embargo, estos hechos obtienen un valor diferente según el contexto económico y social.

Beauvoir explica, considerando el planteamiento de Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, cómo es que la división primitiva del trabajo va marcando la constitución de los sexos de acuerdo a sus capacidades. En esta etapa existe una igualdad; mientras el hombre caza y pesca, la mujer permanece en el hogar realizando tareas domésticas que entrañan una labor sumamente productiva. Con la aparición de materiales ferrosos tales como el cobre, estaño o bronce, surge la necesidad de que los hombres comiencen a necesitar de la ayuda de otros hombres para conseguir realizar diferentes trabajos como el arado o la agricultura, es así como surge la propiedad privada. Aparece la familia patriarcal, originada y fundada en la propiedad privada; en esta familia la mujer se encuentra oprimida.

El primer efecto del poder exclusivo de los hombres, desde el punto y hora en que se fundó, lo observamos en la forma intermedia de la familia patriarcal, que surgió en aquel momento. Lo que caracteriza, sobre todo, a esta familia no es la poligamia, [...] sino la "organización de cierto número de individuos, libres y no libres, en una familia sometida al poder paterno del jefe de ésta (Engels, 1995: 33-34).

En el siglo XVI las mujeres se encontraban poco instruidas. Ana de Bretaña es quien inserta numerosas mujeres a una corte en la que sólo había cabida para hombres, se les inculcaba una educación para que formaran un cortejo como damas de honor. Sin embargo, había poca preocupación por su cultura. En el siglo XVII las mujeres siguieron distinguiéndose en el ámbito intelectual, lo cual permite afirmar que no eran participes en la construcción del mundo. Sus actividades se encontraban en la posibilidad de la

conversación, en las artes, la lectura, las letras. En el siglo XVIII la libertad e independencia de la mujer sigue creciendo. Las costumbres siguen siendo severas; la mujer sigue recibiendo una educación muy superficial, la casan o la insertan en un convento sin ser consultada. La burguesía es la clase que impone a la esposa una moral rigurosa y por ello, ellas se limitan a buscar el placer (Beauvoir, 2002). Esto es tan sólo un ejemplo que Beauvoir identifica en el transcurso del tiempo con respecto a la educación de la mujer, a sus roles sociales y a las actividades y la vida a la que era sometida.

Sin embargo, la mujer logra escapar del hogar y toma un nuevo papel en la producción, esto a través de su participación en la fábrica. La máquina le permite este cambio, que sin duda es considerable, ya que la fuerza entre trabajadores masculinos y femeninos se ve anulada en un gran número de casos. El despegue de la gran industria abre a las mujeres una nueva era en el siglo XIX.

La industrialización introduce un cambio sumamente profundo. En el momento en que los talleres familiares desaparecen y el obrero comienza a trabajar en talleres colectivos. En ese caso la mujer se encuentra en una disyuntiva: o se queda en casa o va a trabajar como un obrero más, desde ese momento a la mujer se le comienza a visualizar como la mujer que trabaja y la que no trabaja (Marías, 1980). Por otro lado, es en esta misma etapa donde surge la figura de la ama de casa. Si la mujer se quedaba en el hogar sería ella quien proveería de alimento, cuidados y vigilancia a sus esposos como a los futuros obreros y amas de casa (hijos e hijas) (Gil, Loret, 2007). Sin embargo, la mujer sigue perteneciendo al mundo privado ya que el trabajo femenino, fuera del doméstico, es difícil de conseguir en el siglo XIX y por supuesto se encuentra mal pagado.

Las mujeres adquirieron por aquel entonces un estatus de dispositivo de vigilancia que permitía, a través del control del hombre en casa, lograr que ese interiorizase la disciplina. Y eran también las mujeres las que velaban para que sus hijos se fuesen acostumbrando a ser disciplinados, gracias no sólo a la institución de la familia nuclear, sino también mediante esta otra institución que forjaría a los hombres-trabajadores-productores del futuro: la escuela (Gil, Loret, 2007: 27).

A pesar de ello la inmersión de la mujer en la industria presenta consecuencias positivas con respecto a sus intenciones por salir al mundo público. En ese sentido la emancipación de la mujer sólo es posible cuando ella puede formar parte en la producción

social y el trabajo doméstico, en este caso las labores familiares: el cuidado de la casa y de los hijos, no le ocupe mucho tiempo. Esta condición sólo se ha logrado en la industria moderna, ya que no solamente admite el trabajo de la mujer en gran escala, sino que lo exige (Beauvoir, 2002).

La sociedad patriarcal determinó que en un principio, el hombre fuera el depositario del poder y que, por tanto, la mujer quedara subordinada a él. De tal manera que la tradición nos ofrece la imagen de parejas que se recrearon a partir de una relación de poder distribuida a favor de los varones, donde la aceptación por parte de la mujer respecto de su subordinación, y en general del orden establecido por la tradición, resolvía la condición conflictiva que toda relación lleva en sí misma (Montesinos, 2010: 19-20).

El nacer hombre o mujer conlleva indiscutiblemente a ser diferenciados uno del otro por sus características biológicas, en este caso la capacidad de la mujer de ser madre se define como la principal diferencia. Es precisamente ahí, como anteriormente se ha dicho, donde surge la desigualdad de género. Y es que las mujeres se encuentran estrechamente ligadas a construir su subjetividad genérica a partir de los valores, códigos, lenguajes y contenidos masculinos (Lagarde, 2012).

(...) el orden social propio del capitalismo industrial patriarcal y del momento histórico que vamos dejando atrás produjo, a través de la institucionalización de la familia nuclear, modelos de lo que “debe ser un hombre” y de lo que “debe ser una mujer” que, aunque se construyen en íntima relación (ya que uno no puede subsistir sin el otro), son muy asimétricos con lo que respecta a las relaciones de poder. El hombre se constituye como sujeto “para él mismo”, mientras que la mujer se constituye como un “sujeto para los otros” (Gil, Loret, 2007: 28).

Las mujeres tienen características biológicas, psíquicas, sociales e históricas diferentes respecto al hombre. Eran educadas con un dogma distinto al de los varones, van determinándose y diferenciándose a través de ellos; son alteridad. Eran sometidas a un sistema de usos derivados de ideas, de principios; se les confinaba a ciertas parcelas con exclusión de otras, donde a veces eran admitidas y a veces no. Se encontraban destinadas a vivir para los otros: debían amar y tener hijos.

En ese sentido, las relaciones de género están estrechamente vinculadas con las relaciones de poder generando un orden que históricamente, y a través de diversos mecanismos determinados, se han establecido relaciones asimétricas; mientras que los

hombres disponen de los recursos, las mujeres dependen económicamente de ellos, así como sentimentalmente. (Gil, Loret, 2007).

Las mujeres que infringen las normas del género, es decir, que no siguen aquello que se les asigna socialmente, como la docilidad, la dulzura, la fidelidad, el espíritu de sacrificio, tienen algún tipo de sanción social. Estas características se consideran naturales y obligatorias para las mujeres, y se imponen mediante el ejercicio sistemático de control, desde la sutileza de la violencia simbólica hasta la agresión física, con el objeto de aleccionar y disuadir futuras transgresiones (Gil, Loret, 2007: 75).

Los hombres tienen diversas formas sutiles de imponerse. Nadie es más arrogante o agresivo con una mujer que un hombre preocupado por su virilidad. Por otro lado, aquellos que no se sienten intimidados por sus semejantes están más dispuestos a reconocer en la mujer a un semejante, y aun así éstos se aferran, por diversas razones, al mito de que la mujer es alteridad (Beauvoir, 2002). Sin embargo, en el momento en que las mujeres se encuentran en desacuerdo con las jerarquías y la discriminación ligada al género, dejan de reconocerse en los ritos desigualitarios, tanto de cortejo como de relación social (Lipovetsky, 1999).

Tomando en cuenta que las identidades de género se construyen con relación a las creencias sobre la sexualidad, es natural que en muchas ocasiones existan normas que orienten a las mujeres hacia una sexualidad que se encuentre vinculada a la maternidad, a la formación de una vida familiar, a tener una relación conyugal, reprimiendo visiblemente las manifestaciones activas de deseos eróticos o experiencias sexuales en ellas. Dentro de estas normas de comportamiento social aceptable surgen las relaciones de poder las cuales configuran de forma determinante la identidad de los individuos que interactúa en la construcción social de lo femenino y lo masculino (Szasz, 2004).

Es precisamente a través de la sexualidad la forma en que el hombre ejerce poder sobre la mujer. El sexo aparece como un punto de inflexión en las relaciones de dominio que los hombres establecen. Las leyes, las representaciones, los valores, la moral, la psicología, las relaciones, los roles y todo lo relativo a la sexualidad tiene presencia en ello y esto asegura la supremacía viril y por consiguiente la subordinación femenina (Lipovetsky, 1999).

Un ejemplo simbólico de esta expresión de poder en la sexualidad se puede notar en las relaciones sexuales. Las posturas que se toman en el acto del coito, donde la mujer se coloca por debajo del varón es una “humillación”. La maternidad, en este caso, obtiene la característica de conseguir una simulación de poder a través del hijo, es decir, al engendrar un varón recobra un equivalente al falo, pero esto sólo es posible cuando ella se acepte plenamente como mujer (Beauvoir, 2002).

La sexualidad pasó por varias etapas conceptuales y el matrimonio surgió como un mediador para estos impulsos. El objetivo del sexo, visto desde un enfoque occidental y estimulado por la Iglesia desde el siglo I, era la reproducción, y, por ello el matrimonio fungió como una especie de “medicina” que controlaba las relaciones sexuales entre hombres y mujeres. Ya en los siglos XII y XIII se establecieron nuevas normas donde el matrimonio sería un acuerdo entre familias; y a partir del siglo XVIII y XIX, después de la elaboración de definiciones más precisas de la normalidad sexual y la consiguiente categorización de otras formas como desviaciones, se establecieron nuevas tipologías de las crecientes identidades sexuales (Weeks, 1998).

En distintas épocas la sexualidad de la mujer se había considerado peligrosa, ya fuese como una fuente de enfermedades, el medio para transmitir valores nacionales por su condición de “mujer” o como guardiana de la pureza de la moral en cuanto a la educación sexual. La sexualidad femenina fue limitada por la dependencia económica y social y esto obstaculizaba su autonomía: el poder que tenían los hombres para definir la sexualidad, las limitaciones que inculcaba el matrimonio, la carga de la reproducción (la maternidad) y el hecho endémico de la violencia masculina contra ellas (Weeks, 1998).

La concepción de la sexualidad comenzó a ser definida respecto al matrimonio. Dicho eso hay que destacar que uno de los principales elementos de conflicto en las relaciones sociales es la posición que cada parte ocupa con respecto al poder, es decir, quién es quien posee dicho poder y cómo impone su voluntad al otro. En la actualidad usualmente quien lo tiene procura celosamente su autoestima, pues el simple hecho de contar con alguna forma de poder, cualquiera que ésta sea, le hace pensar superior, al menos a quien se encuentra frente a él (Montesinos, 2010).

Como vemos, la mujer había sido confinada a ciertos estereotipos sociales que la enclaustraban a una imagen, a una situación pasiva. Desde las diferencias biológicas entre hombres y mujeres, la percepción psíquica entre ambos y su confinamiento a los espacios privados por normas sociales establecidas, la mujer ha sido subordinada históricamente ante el hombre. El ser mujer se había conceptualizado a partir de sus características corporales y sus funciones reproductivas.

Las mujeres eran esclavas de la procreación, y han logrado liberarse de esta servidumbre inmemorial. Soñaban con ser madres y amas de casa, ahora quieren ejercer una actividad profesional. Se hallaban sometidas a una moral severa, y la libertad sexual ha adquirido derecho de ciudadanía (Lipovetsky, 1999: 9).

Lipovetsky describe cómo es que la mujer fue vista a través de la historia de la humanidad. Primero describe a la primera mujer, aquella que fue considerada como un mal necesario y a la vez un ser inferior. Mientras que las actividades masculinas eran consideradas dignas de realizarse el rol que la mujer desempeñaba era estigmatizado. Después surge la segunda mujer en los siglos XVIII y XIX, aquélla que aún no era reconocida como un sujeto igualitario y autónomo, pero sus actividades eran reconocidas socialmente; entre ellas el poder de formar a los niños, educar lo masculino, civilizar pensamientos y costumbres, endulzarlos. (Lipovetsky, 1999).

Tanto la primera como la segunda mujer se hallaban subordinadas al hombre. La primera mujer está sujeta a sí misma, la segunda era una creación ideal de los hombres; la tercera supone una autocreación femenina. (Lipovetsky, 1999: 219).

En cuanto a la tercera mujer Lipovetsky dice que ella rechaza el modelo de vida masculino. La tercera mujer busca evitar envidiar el lugar que los hombres ostentan, asimismo, deja de lado la dominación psíquica que ellos representan. La tercera mujer representa una reconciliación con el rol tradicional y también un reconocimiento de algo positivo en la diferencia hombre-mujer.

Octavio Paz describe a la mujer con respecto a las diferencias y concepciones que tiene el hombre, y por supuesto a la cultura que los rodea. Dice que de cierta forma la historia de México, así como la de cada mexicano, es una lucha entre formas y fórmulas en que se pretende encerrar su ser y las explosiones con que nuestra espontaneidad se venga

(Paz, 1999). Para los mexicanos la mujer es un ser pasivo, encarna voluntad de vida, que es por esencia impersonal y radica en su imposibilidad de tener una vida personal.

La mujer mexicana, así como toda mujer, es un símbolo que va representando la continuidad y la estabilidad de la raza. Así como Michelet describe las funciones de la mujer, Paz también lo hace argumentando que ellas son quienes hacen imperar las leyes y el orden, así como la piedad y la dulzura.

Paz explica que el mexicano considera su vida como una lucha. Dentro del ideal de “hombría” concebido en el entorno se acentúa el carácter defensivo. En ese sentido el lenguaje popular refleja las formas en las que el mexicano se defiende del exterior. Este ideal de “hombría” consiste en no “rajarse” nunca, ya que quienes lo hacen son considerados cobardes.

La mujer mexicana es considerada como un instrumento con respecto a los deseos del hombre, a los fines que le asigne la ley, la sociedad o la moral. Su supuesta inferioridad consiste en el hecho de que ellas se entregan a la vida, a la maternidad, a lo social, al hombre, se “rajan”, se convierten en seres vulnerables y se exponen a toda clase de peligros.

Prostituta, diosa, gran señora, amante, la mujer transmite o conserva, pero no crea, los valores y energías que le confían la naturaleza o la sociedad. En un mundo hecho a la imagen y semejanza de los hombres, la mujer es sólo un reflejo de la voluntad y querer masculinos. Pasiva, se convierte en diosa, amada, ser que encarna los elementos estables y antiguos del universo: la tierra, madre y virgen; activa, es siempre función, medio, canal. La feminidad nunca es un fin en sí mismo, como lo es la hombría (Paz, 1999: 39).

Sin embargo, las cosas se encuentran en constante cambio y en estos tiempos la mujer busca otra cosa. La revolución industrial en Occidente atrajo a la mujer a la población activa remunerada. La mujer comienza a tener visibilidad en el mundo de los negocios, en las actividades públicas, en las relaciones políticas, en la esfera de todo lo correspondiente a lo social. Las mujeres se encuentran protagonizando un cambio cultural de grandes dimensiones. La imagen de la mujer tradicional empieza a desvanecerse para dar paso a otra más viril, fuerte, decidida, casi dueña de sí misma; comienzan a cambiar los roles (Badinter, 2003).

En la actualidad la mujer está aportando empatía y paciencia a las prácticas sociales. Dentro del ambiente escolar ofrecen imaginación, comienzan a ampliar las perspectivas de justicia. Las empresas comienzan a dismantelar las estructuras jerárquicas que existen dentro de ellas con relación al género y dan mayor énfasis al trabajo igualitario. Por otro lado, comienzan a expresar cada vez más su sexualidad dejando, poco a poco, de lado los tabús que mancillaban su vida; ahora ser más cultas, capaces e interesantes que nunca (Fisher, 2000).

Están cambiando el significado de la intimidad y del enamoramiento; ahora la mujer decide si casarse o no, tener hijos, cuándo, cómo y sobre todo están transformando la vida familiar. Aún se está lejos de una sociedad que dé las mismas posibilidades a hombres y mujeres. La diferencia de los sexos es un hecho, sin embargo, no predestina los roles y funciones de ambos; aun así es necesario diferenciarlos para poder dibujar un camino hacia la igualdad de los sexos (Badinter, 2003).

La identidad de género será pues la forma que socialmente conferimos a la anatomía, la manera en que socialmente significamos el sexo biológico. La idea es que no hay un cuerpo sexuado como lo entendemos hoy en día sin que antes haya un género social, es decir, primero está el género y después el cuerpo sexuado (Pujal, 2007: 66-67).

Matrimonio y Familia

La familia surge como el elemento activo de la sociedad. La familia no permanece estacionada sino que siempre se encuentra en constante cambio, es decir, evoluciona de un grado bajo a otro más alto. Engels describe cuatro tipos de familias: *la familia consanguínea*, en la cual los grupos conyugales se clasifican por generaciones ya que no puede existir el matrimonio entre padres e hijos. Sin embargo, sí puede existir entre personas cuyo vínculo sea sanguíneo; *la familia punalúa*, la cual se caracteriza por la exclusión de los hermanos del comercio sexual recíproco; *la familia sindiásmica*, en la cual hombres y mujeres viven juntos, aunque siguen presentándose situaciones de poligamia e infidelidad (que continúan siendo un derecho para los hombres); y por último, *la familia monogámica*, la cual tiene su origen de la familia anterior. Esta familia se funda bajo el dominio del hombre y tiene como fin el de procrear hijos cuya paternidad sea indiscutible ya que algún día los hijos heredarán los bienes de sus padres (Engels, 1995).

Estas formas de matrimonio corresponden a los estadios fundamentales de la evolución humana, y es ahí donde podemos observar cómo es que el sentido y esencia de la familia va construyéndose culturalmente y determinándose por las relaciones sociales, religiosas, políticas y económicas; desde la familia por grupos que se presenta en el Estado salvaje hasta *la familia monogámica* donde surgen nuevos conceptos y estimas tales como el amor sexual o los sentimientos de responsabilidad conyugal (Engels, 1995).

(...) la evolución de la familia en los tiempos prehistóricos consiste en una constante reducción del círculo en cuyo seno prevalece la comunidad conyugal entre los dos sexos, círculo que en su origen abarcaba la tribu entera. La exclusión progresiva, primero de los parientes cercanos, después de los lejanos y, finalmente, de las personas meramente vinculadas por alianza, hace imposible en la práctica todo matrimonio por grupos; en último término no queda sino la pareja, unida por vínculos frágiles aún, esa molécula con cuya disociación concluye el matrimonio en general. Esto prueba cuán poco tiene que ver el origen de la monogamia con el amor sexual individual, en la actual concepción de la palabra. Aun prueba mejor lo dicho la práctica de todos los pueblos que se hallan en este estado de desarrollo (Engels, 1995: 28).

Nuria Chinchilla distingue, cronológicamente, cuatro modelos de organización familiar respecto al trabajo doméstico y extradoméstico: el primer modelo se basa en la

sociedad rural. Tiene la característica de ser el modelo más primitivo (el cual aún existe en algunas zonas del planeta), la mujer trabaja dentro y fuera del hogar; *el segundo modelo* se identifica por la tradicional *división de roles*. Mientras el hombre trabaja fuera del hogar la mujer se ocupa del cuidado de la casa, de los hijos y los deberes, (este modelo predominó en las primeras décadas del siglo XX); en *el tercer modelo*, la pareja asume las funciones de proveedor, sin embargo la mujer tiene la “responsabilidad” de la doble jornada, es decir, realizará las responsabilidades de la casa y; en *el cuarto modelo* los dos comparten las tareas domésticas y las responsabilidades educativas de los hijos (modelo que está siendo promovido por los gobiernos en la actualidad) (Chinchilla y León, 2005).

Es así como dentro de la familia, la relación entre la pareja ya no está definida por los roles que habían sido establecidos tradicionalmente. La mujer ya no se ocupa exclusivamente del cuidado del hogar, el hombre ya no es quien gestiona los medios para la subsistencia. La familia actual tiene que ver con una nueva realidad, se ve más como una unidad de consumo o una sociedad mercantil; esto sucede cuando los hijos desaparecen de los fines primordiales de la familia, y por ende, desaparece también el bien social que se requería proteger.

Por otro lado, en el aspecto simbólico, los varones son los sujetos de las estrategias matrimoniales y, a través de ellas, trabajan para mantener o aumentar su capital simbólico; En este caso las mujeres son siempre tratadas como un objeto que se intercambia, que circula para establecer alianzas. Son forzadas a trabajar para preservar su valor simbólico y se van ajustando al ideal masculino de virtud femenina que es definida como castidad y, que está dotada de los atributos corporales y cosméticos que son capaces de aumentar sus valores de atracción física y psíquica (Lamas, 1996).

Así es como el hombre, al casarse, su vida profesional se ve levemente afectada, duerme menos, se preocupa por los hijos, siente (o tiene) la necesidad de ganar más dinero, pero todo eso es relativo ya que no afecta su ritmo de vida. Sin embargo, la mujer sí cambia todo su mundo. Ella cambia de lugar de residencia, si hay hijos dentro de la relación su actividad profesional se ve comprometida durante varios años (Marías, 1980). Es así como el trabajo de la mujer casada siempre tiene un riesgo subalterno, pues se le considera como una actividad complementaria ya que no debe representar un peligro para el papel de madre

y esposa. Así surge la idea de que el trabajo de la mujer es inferior al del hombre y se limita a puestos subordinados (Lipovetsky, 1999). Y también es así como se resalta la importancia del papel maternal.

Michelet declara que las madres son las <<únicas educadoras posibles>>, exalta a la mujer como <<una religión [...] una poesía viviente para elevar al hombre, criar al niño, santificar y ennoblecer a la familia>>. A partir de entonces la devoción materna y el papel de la madre, primera maestra de los hijos, se glorifican en la efusión lírica; con los modernos, la madre fue erigida en objeto de culto laico (Lipovetsky, 1999: 198).

Por supuesto que estas cargas simbólicas traen consigo conflictos en el entorno familiar. La interiorización del rol familiar de la mujer es tan intensa que, debido a su doble tarea (la doble jornada) del cuidado de sus actividades profesionales y de sus actividades hogareñas, suelen abandonar las empresas donde trabajan y optan por ejercer su profesión por su cuenta. Lipovetsky expone que las desventajas que suponen el matrimonio y la maternidad para la carrera de una mujer son recalculadas la mayoría de las veces. El hecho de ser esposa y ser madre tiene, sin duda alguna, un coste profesional.

En este aspecto Chinchilla aborda el tema de las asincronías en cuanto a las desigualdades que se producen en cada miembro de la pareja cuando existe un desbordamiento del ámbito laboral al familiar o del familiar al laboral. Primero, la llamada *asincronía organizativa*, la cual es provocada cuando la carrera de una persona no sigue los ritmos “normales” o las expectativas sociales generalizadas; la segunda es llamada *asincronía de parejas*, en esta situación el desarrollo profesional de la pareja se conjuga. Es entonces, cuando aparece una especie de síndrome, algo similar a decir “yo pierdo, tú ganas”, en donde uno de los dos tendrá la sensación de renunciar a un ámbito (sea cual sea). En ese sentido, uno de los dos saldrá beneficiado con respecto a tener más tiempo para su carrera profesional o más tiempo personal; por último la *asincronía familiar*, que se presenta cuando falta desarrollo con respecto a las expectativas o valores sociales; aquí se presenta una ausencia intencionada y hasta permanente de descendencia, es decir, no tendrán hijos.

Estas asincronías presentan diversos escenarios con respecto a los intereses que se tengan dentro del espacio conyugal. Las asincronías de las que habla Chinchilla y Consuelo León, en otras palabras, se refieren al desequilibrio que puede suscitarse cuando la pareja

no lleva un ritmo de vida simétrico, capaz de entenderse mutuamente, de ir de la mano y sobre todo, de saber que es lo mejor para el núcleo familiar que están formando.

De esta manera, las interrupciones profesionales a causa de la maternidad: el tiempo dedicado a los hijos y a las tareas domésticas, así como las cargas emocionales que conllevan dichas responsabilidades representan un obstáculo en el progreso de su carrera profesional; al sentirse divididas por dichas situaciones, las mujeres detienen su desarrollo profesional.

La maternidad destina a la mujer a una existencia sedentaria; es natural, mientras que el hombre caza, pesca, guerrea, que ella permanezca en el hogar (Beauvoir, 2002: 133).

Los trabajos domésticos a los que se consagra, porque son los únicos que pueden conciliar con las cargas de la maternidad, la encierran en la repetición y en la inmanencia; se reproducen día tras día en forma idéntica que se perpetúa casi sin cambios de siglo en siglo; no producen nada nuevo. El caso del hombre es radicalmente diferente; no alimenta al grupo como las abejas obreras mediante un simple proceso vital, sino mediante actos que trascienden su condición animal (Beauvoir, 2002: 127-128).

Estas son otras de las razones por las cuales a la mujer se le consigna el rol doméstico, por la condición biológica que le permite procrear, por las cualidades que le identifican como un ser dulce, como educadora, estableciendo sus dominios en los espacios privados, es ahí donde comienzan las relaciones desiguales entre hombres y mujeres y por tanto, el fortalecimiento del patriarcado. En ese sentido, el de la maternidad, no se le puede obligar a la mujer a engendrar, sin embargo, se usan otras tácticas para persuadirlas; se le encierran en situaciones en las que la maternidad es la única salida para ellos. Es a través de leyes, costumbres y tradiciones que el matrimonio les es impuesto, así como también las medidas anticonceptivas, el aborto y el divorcio.

El problema de ello radica en la capacidad de trabajo que tienen. A pesar de ello, en el mundo moderno es donde recuperan su igualdad (o al menos una aproximación) con respecto a los varones (Beauvoir, 2002). Por otro lado, no podemos dejar pasar el aspecto positivo de ser madre en relación con la esfera laboral. Las madres de familia se encuentran desarrollando día con día competencias y habilidades directivas: numerosas capacidades de comunicación y negociación con sus hijos, los pediatras, otras madres, maestros, sus conyugues (Chinchilla y León, 2005).

La familia representa el primer círculo del amor fraternal. En la familia se consume el deseo que hombre y mujer sienten mutuamente; la atracción sexual. Es ese deseo de fundirse indefinidamente con el otro, el cual tiene como efecto inevitable el de la procreación, el tener hijos (Montesinos, 2010). Dentro de la familia la persona es amada, aceptada por sí misma, por quien es. Las relaciones que existen dentro de ella son afectivas recíprocamente sin ser motivadas por el interés individual de los integrantes de ésta. Aun en casos en los que la convivencia pueda resultar complicada, la familia tiende a disculpar, proteger, cuidar y asegurar a los miembros incluso en las circunstancias más difíciles en las que el entorno pueda fallar (Chinchilla y León, 2005).

Dicho esto, la familia representa una nueva estructura simbólica. Es un espacio donde las representaciones sociales confirman los roles que corresponden a cada género. En ella los individuos reafirman su identidad, se retroalimentan del entorno, demuestran sus avances sólidamente en un ciclo de vida natural que los coloca como individuos ante una responsabilidad que les es asignada culturalmente (Montesinos, 2010).

Hay muchas formas familiares, sobre todo dentro de las sociedades occidentales industrializadas: entre distintas clases y entre diferentes grupos geográficos, religiosos, raciales y étnicos. Los esquemas familiares se configuran y reconfiguran por factores económicos, reglas de herencia, intervenciones del Estado para reglamentar el matrimonio y el divorcio o para mantener a la familia mediante la asistencia social o políticas de impuestos. Todo esto afecta los esquemas probables de vida sexual: fomenta o desalienta la tasa de matrimonios, la edad del matrimonio, la incidencia de la reproducción, las actitudes ante el sexo no procreativo o no heterosexual y el poder relativo de hombres sobre mujeres, entre otros aspectos (Weeks, 1998: 67-68).

Movimiento feminista del siglo XX

Hay tres hechos fundamentales que han tenido lugar en torno al estatus femenino en el siglo XX: el derecho al voto, el cual representa la autonomía legal con respecto a los derechos civiles; la entrada de la mujer al mundo universitario, que conlleva a una mayor igualdad en el acceso de la educación y; la incursión al mercado laboral, que incentiva a las mujeres para obtener un trabajo remunerado (Chinchilla y León, 2005). Sin embargo, estos logros son producto del cambio cultural generado, principalmente, en el siglo XX por el movimiento feminista, el cual aparece en un contexto repleto por diversos procesos sociales, económicos y políticos que acompañan a la Revolución Francesa (Pujal, 2007).

El movimiento feminista tiene su nacimiento a mediados del siglo XIX, en donde fue conocido como el movimiento sufragista femenino. Movimiento que tenía como objetivo otorgar a la mujer el derecho al voto, y por tanto, al derecho político y constitucional para que las mujeres pudiesen elegir libremente a sus representantes políticos, así como también aspirar a ser electas para ejercer cargos públicos (De Barbieri, 2004).

(...) la primera concreción visible del movimiento feminista data de la segunda mitad del siglo XIX en el ámbito del proceso de industrialización. Son precursoras conocidas, al final del siglo XVIII, Olimpia de Gouges, que presenta la Delcaration des droits des femmes (1789) en la asamblea constituyente durante la revolución francesa, y Mary Wollstonecraft, que publicó A vindication of the rights of women (1792). Es el inicio del movimiento sufragista femenino, que podemos considerar el antecedente o más bien la semilla del movimiento feminista (Pujal, 2007: 22).

Sin embargo, existen muchas diferencias entre el *feminismo sufragista* y el *movimiento feminista* del siglo XX. Los dos movimientos emergieron y se desarrollaron en contextos que atravesaron procesos sociales, políticos, económicos y culturales muy distintos. A pesar de que el segundo tiene sus orígenes en el siglo XIX y con una base avanzada de la primera ola, las feministas de los años sesenta encontraron los mismos problemas para solucionar los malestares sociales que les agobiaba (De Barbieri, 2004).

En un primer momento, el movimiento feminista (sufragista), también llamado feminismo de la igualdad, quería demostrar que las diferencias entre sexos no estaban

determinadas por la naturaleza, el movimiento feminista de la segunda ola, también llamado de la diferencia, las diferencias pasaron a ser interpretadas por muchas pensadoras como un rasgo esencial de la lucha política femenina, y en ese sentido la biología pasó a ser, por algunas teóricas, un factor clave en la argumentación de sus reivindicaciones (Gil, Loret, 2007).

En cualquier caso lo que las mujeres buscaban con las movilizaciones era la reivindicación de su sexo, es decir, hacerse notar en una sociedad que privilegiaba a los varones en las esferas públicas, económicas, sociales y laborales. Por otro lado, el movimiento feminista buscaba una ruptura con respecto a la dominación masculina

La hipótesis sobre el origen de esa dominación (la dominación masculina) sigue dos líneas principales: la que muere literalmente en las tradiciones fundadas por Marx y Engels, y Durkheim, hace depender los sistemas de género de la división social del trabajo según los sexos, y el interés principal radica en el estudio de las relaciones entre varones y mujeres [...] la segunda corriente no tiene hasta ahora una elaboración rigurosa como la anterior. Ubica el núcleo en el conflicto originado en la capacidad exclusiva de los cuerpos femeninos de producir seres humanos de ambos sexos (De Barbieri, 2004: 200).

Los movimientos feministas que surgieron en los sesenta fueron concebidos como una forma de comprender y explicar la condición de la subordinación de la mujer. Las primeras militantes encontraron vacíos en cuanto a información sobre el tema, encontrándose con que toda teoría que existía con respecto a la desigualdad entre hombres y mujeres era insuficiente o justificaba la relación asimétrica que existía, es decir, no había una historia que mostrara el surgimiento o el desarrollo de la dominación y el predominio de los varones (De Barbieri, 1999).

En los años setenta el feminismo académico anglosajón impulsó el uso de la categoría gender (género) con la pretensión de diferenciar las construcciones sociales y culturales de la biología. Además del objetivo científico de comprender mejor la realidad social, estas académicas tenían un objetivo político: distinguir que las características humanas consideradas “femeninas” eran adquiridas por las mujeres mediante un complejo proceso individual y social, en vez de derivarse “naturalmente” de su sexo (Lamas, 1996: 147).

En la década de los setenta, el feminismo cuestionó la invisibilización ocurrida en las dos décadas pasadas. A partir de eso se elaboró una crítica sobre la mirada patriarcal con la que se pusieron en marcha diversos discursos, prácticas, estrategias y políticas que buscaban el reconocimiento, la visibilización y la igualdad para las mujeres mediante el

acceso a la educación, a las estructuras del poder político, a recursos económicos y sobre todo, a demostrar que sin las mujeres no se podría lograr el desarrollo (Rodríguez, 2014).

Es a partir de los años ochenta que la vida del movimiento cambia. Va conquistando pequeños espacios que le pertenecen a las instituciones sociales y esto es un avance significativo en cuestiones referidas a la igualdad formal de los derechos jurídicos, por ejemplo: las leyes de divorcio, de anticoncepción, de aborto limitado, derechos laborales, entre otros, que son objetivos básicos del feminismo de la igualdad (Pujal, 2007).

En política se crean los institutos de la mujer, en ciencia surgen los estudios de mujeres (women studies), en organismos internacionales (el 1967 se hace la Declaración de la ONU sobre la eliminación de la discriminación de la mujer) y en el ámbito jurídico se cambian un buen número de leyes directamente discriminatorias en las constituciones de los países occidentales (Pujal, 2007: 29).

Margot Pujal, con respecto al feminismo de la igualdad, insiste en que una de las críticas más importantes que debe hacerse al movimiento es que emanciparse no se debe entender como un sinónimo de masculinizarse, sino que debe existir un momento de inflexión para concretar el despliegue de la segunda oleada feminista, es decir, para lograr incluir aspectos culturales, científicos, formativos, lúdicos y recreativos para potenciar y revalorizar la feminidad, más allá de la búsqueda de la igualdad formal de derechos jurídicos entre hombres y mujeres (Pujal, 2007).

Como concepción del mundo inacabada y desigual de las mujeres, el feminismo es subjetivo porque expresa sujetos particulares incrédulas de la verdad, del dogma, de la perfección y de la objetividad. Es un conjunto de concepciones con distintos niveles de integración que siempre está por ampliarse; su condición es el cambio. El feminismo incide y surge de las formas diferentes de ser mujer, en cada mujer (Lagarde, 2012: 2).

Dentro del movimiento feminista surgen otros movimientos de mujeres con concepciones particulares con respecto a las relaciones con el género masculino, con sus ideales políticos y sus objetivos. Por ejemplo, el *feminismo socialista*, el cual considera que la desigualdad sexual es producto de la desigualdad de las clases sociales provocada por el capitalismo; el *feminismo radical*, que considera que es una desigualdad específica y diferenciada; el *feminismo posestructuralista*, que persigue la erradicación de la categoría “mujer” como una categoría de identidad universal (Pujal, 2007); el *feminismo liberal*, que apela contra la censura de la libertad sexual y que tiende a declararse como una guerra

dirigida contra el género masculino (Badinter, 2003); y el *feminismo integrador*, aquél que busca la complementariedad, la cooperación con el varón en todos los ámbitos de la vida: el familiar, el cultural, el empresarial, el social. Este pensamiento busca la participación de los hombres, una sensibilidad particular para entender una nueva realidad y apoyar los cambios que se van generando (Chinchilla y León, 2005). Planteamiento que en esencia comparte Pujal:

(...) la exacerbación de la discusión entre feministas socialistas y radicales de ocasión a otra división y debate teórico en el seno del feminismo: el debate entre feminismo de la diferencia (que aspira a revalorizar los valores asociados a las mujeres: afectividad, sensibilidad, cuidado del otro, de la vida y de la naturaleza) y el feminismo de la igualdad (que tiene como demanda principal la igualdad de derechos jurídicos de la mujer hacia el hombre). Es una división que aún hoy en día tiene muchos momentos de la vida del movimiento (Pujal, 2007: 27).

En el ámbito del feminismo de la igualdad también encontramos el feminismo socialista materialista y el liberal, y en el del feminismo de la diferencia encontramos el feminismo cultural y el más psicoanalítico. (Pujal, 2007: 28).

De esta manera, el motivo principal por el que un movimiento, y en este caso, el *movimiento feminista* quiere transformar la realidad social es por el hecho de querer reducir y si es posible, erradicar los malestares y el sufrimiento que se forja en la desigualdad de los sexos, en la dominación de unos y la subordinación de otros, y la violencia que nace de los procesos de institucionalización que tienen su fundamento en la construcción de identidades sexuales.

En esencia el feminismo constituye una cultura, es afirmación intelectual, teórica y jurídica de concepciones del mundo; basada en nuevos valores expresados a través de nuevos vínculos, afectos, lenguajes y normas sociales en el comportamiento entre hombres y mujeres. Como nueva cultura, el feminismo es también un movimiento político público y privado que se organiza con el propósito de ganar espacios de vida social y también de voluntades a su causa. En ese sentido, el feminismo se perfila como una alternativa política porque es una revolución que se mantiene en una permanente construcción que ocurre cotidianamente, y en su devenir transforma a mujeres y hombres desgranando los tabúes, así como los mitos que hacen su representación simbólica (Lagarde, 2012).

El feminismo es una voz, es palabra diferente que nombra, enuncia, devela, analiza y duda, son nuevos valores y códigos éticos, y es hedonismo cuyas raíces tienden a la síntesis vital de lo físico, de lo afectivo, de lo intelectual y de lo erótico. El feminismo sintetiza la experiencia histórica de un género en la que cuerpo y mente, cuerpo y afectos, razón y afectos, no están separados: las mujeres somos nuestros cuerpos y nuestra subjetividad (Lagarde, 2012: 2).

Es así como el feminismo tiene la tarea, por una parte, de conducir la transformación de una supuesta “normalidad” mediante la visualización de los mecanismos y los procesos psicosociales que se encargan de reproducirla, esto con el objetivo de cuestionar las vivencias subjetivas que se tienen como si fueran identidades naturales. Por otra parte, el feminismo construye, de manera creativa, una realidad heterogénea que comienza a reducir (con intenciones de eliminar) los malestares producidos por las diversas formas de desigualdad que se encuentran escondidas tras fijaciones y normalizaciones de las identidades sexuales construidas como posiciones bipolares y disimétricas (Pujal, 2007).

En lo que respecta a la sexualidad, el feminismo estimula un encuadramiento cada vez más estricto de la sexualidad masculina. La noción del delito sexual y la represión que es ejercida dibujan el mapa de una sexualidad legal, moral y sacralizada en oposición radican con la libertad sexual de la cual hacen uso (o abuso) las nuevas generaciones (Badinter, 2003).

El cambio cultural que impulsó el movimiento feminista, particularmente el referido a la libertad sexual que en realidad representa la liberación de hombres y mujeres, sacó a relieve la importancia de la naturaleza humana tanto en lo relativo a los impulsos como a la subjetividad implícita donde se inserta lo erótico. Y a partir de ello se fue haciendo pública la cuestión de la infidelidad (Montesinos, 2010: 83-84).

Badinter opina que las relaciones entre hombre y mujeres realmente no han progresado mucho y que de hecho se han deteriorado por causa del individualismo. Tanto hombres como mujeres aún siguen siendo blanco de las exigencias culturales: los varones aún siguen conservando las virtudes de sus abuelos, la fuerza protectora, el coraje, el sentido y sentimiento de responsabilidad; las mujeres siguen adquiriendo las virtudes de sus abuelas, la escucha, la ternura, la compasión.

Por otra parte, adjudica que los mayores logros obtenidos en el cambio cultural registrado en las últimas décadas, son gracias a la audaz deconstrucción del concepto de

naturaleza. La filosofía culturalista y universitaria logró cambiar la condición femenina y desterró la degradación de las prácticas homosexuales; es así como se consiguió ofrecer una libertad sin precedentes con respecto a los roles tradicionales que definían el género, y por consiguiente, pensar que sexo, género y sexualidad no predeterminaban un destino (Badinter, 2003).

Y recalca que todo discurso feminista siempre se dirige, primordialmente, a un público femenino que, por cierto, debe cumplir con los combates ideológicos de las teóricas, a pesar de que las mujeres sean las primeras en sufrir las consecuencias, apuntando que no puede existir una mejoría en su situación si no se conquista la igualdad entre hombres y mujeres.

De esta manera Badinter se pregunta cuáles han sido los verdaderos avances logrados luego de tantos años y se pregunta si es que el discurso feminista que actualmente predomina refleja, realmente, las preocupaciones de las mujeres, qué paradigmas masculinos y femeninos intenta promover y sobre todo, qué modelo de sexualidad es el que quiere imponer.

Por último, expresa la idea de que la razón primordial del feminismo (del cual no existe diferencia de una a otra corriente), es instaurar la igualdad entre los sexos, pero no mejorar las relaciones entre hombres y mujeres.

Actualmente, sin embargo, un sector del movimiento feminista aún valora cuál será el precio que habrá que pagar por esta “institucionalización” y burocratización de la vitalidad y capacidad de transformación del movimiento feminista. Al mismo tiempo, se intenta que el feminismo se reorganice y se articule con el resto de luchas sociales (por una inmigración digna, antiglobalización económica, etc.) (Pujal, 2007: 29).

Mujeres con poder

Como hemos visto, las desigualdades que existen entre hombres y mujeres se observan en el complejo proceso histórico, fundamentadas, en principio, por las diferencias biológicas entre ambos; principalmente la capacidad de la mujer de procrear y reproducir la raza humana es lo que las define como un ser vulnerable al que hay que proteger. Por otra parte, las capacidades físicas que los caracterizan, mientras que el segundo sexo es considerado débil en cuanto a fuerza, confinado a los espacios privados para desempeñar actividades domésticas: al varón se le concede como propios los espacios públicos, el trabajo, lo cual hace posible que él ostente el papel de proveedor.

También se planteó la importancia de la familia, la cual es formada mediante el matrimonio. La familia es el núcleo principal de la sociedad, y en ese sentido, la mujer que es madre tiene la responsabilidad de mantener el orden dentro de ella. Siendo ella quien cuida, procura y protege tanto a los hijos como a la pareja es vista como parte fundamental del funcionamiento de la misma.

En las últimas décadas, a consecuencia del movimiento feminista de los años sesenta que propició cambios culturales con respecto a los derechos de las mujeres, así como el desarrollo de nuevas tecnologías y los cambios estructurales de las sociedades modernas transitorias, la política, la economía y la cultura. Este es el nuevo contexto social que propicia la presencia femenina en las esferas sociales que le habían sido obstaculizadas por parte del patriarcado.

Después de la revolución industrial las estructuras económicas y sociales se transformaron notablemente. Primero, surge un nuevo modelo de empresa, más productiva y competitiva; segundo, la sociedad se configura en torno a los individuos, es decir, se convierten en “votantes” (o actores políticos), y en productores (en los planos económicos). Así, la sociedad deja de estar centrada en la unidad familiar (Chinchilla y León, 2005).

(...) el desbordante ingreso de la mujer -principalmente en el siglo XX- en el mercado laboral ha estado propiciado, entre otras cosas, por la aparición y el desarrollo de las nuevas tecnologías, por el alto índice de mujeres que han mejorado su formación educativa

(suponen el 53 por ciento de la población universitaria según un informe anual que sobre las mujeres en España han llevado a cabo la Fundación La Caixa en el años 2000), y por el hecho de que la mujer haya podido acceder –aunque minoritariamente- al podio de la economía (Salas, 2003: 16).

Es a partir de los años sesenta que el ideal del “hada” del hogar ya no tiene sentido de conformidad. Esto genera un clima de contestación generalizada en donde la división desigualitaria de los roles sexuales y la asignación de la mujer a las tareas domésticas recibe un fuerte rechazo: *el estereotipo del ama de casa es fracturado*. Así como la libertad sexual femenina iba dejando de ser un signo inmoral que afectaba a la sociedad, las actividades profesionales de las mujeres comenzaron a ser menos juzgadas (Lipovetsky, 1999).

El número de mujeres que ocupan puestos de trabajo remunerado ha ido en aumento en los últimos años. Ya no es novedad ver trabajar a hombres y mujeres por igual, no resulta extraño. La renuncia de la mujer a ser madre le ha dado más disponibilidad para asegurar su posición dentro del mundo laboral. La fecundidad se ha reducido a menos de la mitad en comparación con otros años, la educación se ha expandido y las mujeres ingresan a niveles de educación superior, los mercados femeninos se han diversificado y las tasas de participación de la mujer en cuestión política se han duplicado con respecto a los años setenta (De Barbieri, 2004).

(...) las mujeres han demostrado estar dotadas de las capacidades necesarias que las acreditan para desempeñar la variada gama de actividades y responsabilidades generadas por una división social del trabajo cada vez más diversa. Si existen desequilibrios entre ellas y los varones, se deben a las carencias educativas, de entrenamiento y experiencia, y sobre todo al ejercicio del poder -cubierto por los prejuicios- de unos con respecto a las otras: al peso de la construcción social que llamamos género (De Barbieri, 2004: 212).

Los nuevos núcleos familiares han derrocado el concepto tradicional de la familia, aquél que estaba integrado por el padre, la madre y los hijos. En la actualidad las familias tienden a ser monoparentales y en muchos casos las parejas no son estables. A pesar de ello no puede decirse que las tendencias sean homogéneas, pero sí se presentan en mayor cantidad, principalmente en las zonas urbanas (Salas, 2003).

Las mujeres queremos la libertad de poder poner en un currículum <<casada y madre de dos hijos>>, de quedarnos embarazadas o decir que vamos a estarlo en breve y ser

también reconocidas como algo más que una fuerza de trabajo cualificada, interesante, eficiente y complementaria al varón. En definitiva, aspiramos no sólo a no esconder a nuestra familia, sino hacerla compartible con nuestro trabajo profesional; a la vez pretendemos que esto no sea el resultado de una batalla particular, sino el reconocimiento de un derecho social (Chinchilla y León, 2005: 14).

Sin embargo, en la actualidad, las mujeres profesionistas suelen retrasar su primer hijo varios años para integrarse al trabajo, ya que al quedar embarazadas suelen tener conflictos en la empresa y son despedidas; esto por la falta de interés en su trabajo, el bajo rendimiento o escaso compromiso. Por otro lado, a pesar de haber asumido la responsabilidad de la vida familiar y laboral, es frecuente que en ocasiones sientan cierta presión social de que su dignidad está siendo marcada por un trabajo remunerado fuera de casa, y que esto le hará ganarse el respeto, incluso de su pareja (Chinchilla y León, 2005).

Las capacidades profesionales de las féminas son cuestionadas infinidad de veces por aspectos que no están directamente relacionadas con su desempeño laboral, sino con su vida personal. Su estado civil, si tiene hijos o no, su vida sentimental, son factores que dificultan las aspiraciones para obtener una mejor posición en la empresa. En ese sentido la perspectiva masculina juega un papel importante pues muchas veces un hombre puede ver, en la mujer enamorada, casada, con responsabilidades en su hogar, a una mujer débil de carácter y que puede ser manipulada fácilmente (Salas, 2003).

La carga doméstica y el cuidado de los miembros dependientes del hogar representan un obstáculo para que las mujeres puedan participar más en las actividades remuneradas, pero a ello se suman también razones de tipo cultural que nos hablan de la fuerza que tienen aún, entre ciertos estratos sociales, los prejuicios sexistas que fijan a las mujeres en la función de amas de casa, económicamente dependientes (CEPAL, 2005: 31).

La división sexual que confina a hombres y mujeres en esferas mutuamente excluyentes va determinando la atención que se da a diferentes intereses y necesidades que tienen en la esfera pública. A pesar de los logros jurídicos, sociales y culturales que las mujeres lograron a lo largo del siglo XX, especialmente después de la década de los sesenta, hay muchas situaciones que han restringido el acceso a los cargos de decisiones públicas, así como a los asuntos más personales como las cuestiones familiares, domésticas y sexuales (CEPAL, 2005).

El hecho que la mujer se insertara en el mercado de trabajo, que irrumpiera en el espacio público, que cumpliera con los tiempos y las reglas de ese espacio social, provocaron la desarticulación del espacio privado. [...] La relación de poder entre el hombre y la mujer se fue transformando, no radicalmente, pero el sólo hecho que la mujer accediera al mercado de trabajo representó la posibilidad que la mujer comenzara a tener el control de un recurso que había determinado su sometimiento al poder masculino. Por su parte el varón, ya no pudo ejercer el control monopólico sobre el dinero y con ello vio erosionar su cuota absoluta de poder, pues la mujer aún sin ser consciente de la nueva situación social fue construyendo poco a poco su autonomía (Montesinos, 2010: 50).

Montesinos explica que todas las relaciones sociales son relaciones de poder y, por tanto, potencialmente conflictivas. Con respecto a la relación de pareja dice que los seres humanos nos construimos a través de las idealizaciones que concebimos del amor, lo que nos coloca en situaciones delicadas cuando se trata de convivir en pareja, ya que el rechazo, la infidelidad, la ruptura o el desamor pueden presentarse en cualquier momento.

Las relaciones de género están estrechamente vinculadas a las relaciones de poder en nuestra sociedad, la cual prescribe normas sobre cómo deben ser los comportamientos y los deseos de los hombres y las mujeres para mantener el orden social imperante. [...] Históricamente, mediante unos mecanismos determinados se han instaurado unas relaciones claramente asimétricas entre hombres y mujeres, según las cuales los primeros disponen de los recursos, mientras que las segundas dependen no sólo económicamente, sino también afectivamente, de su pareja (Gil, Loret, 2007: 35).

(...) el poder no es algo que tiene alguien (el hombre sobre la mujer), sino algo que se produce en la relación (entre hombres, entre mujeres y entre hombres y mujeres). Desde este concepto se entiende que el poder puede ser ejercido desde cualquier punto, lo cual permite trastocar los sistemas sociales imperantes y los órdenes simbólicos establecidos (Gil, Loret, 2007: 36).

De esta forma la dominación de género está vinculada con la violencia simbólica que se lleva a cabo por un acto de cognición y de falso reconocimiento que se está situado por debajo de los controles de la conciencia y voluntad misma (Lamas, 1996). Tomando en cuenta ello, podemos entender que la violencia de género no sólo se manifiesta con agresiones físicas sino también afecta a los individuos emocionalmente; afecta los deseos y las relaciones afectivas (Gil, Loret, 2007). *Ser hombre o ser mujer sobrelleva, sin excepciones, a una serie de comportamientos que difícilmente pueden dejar de asumirse si se quiere ser aceptado por la sociedad.*

Con base en los sistemas de género, existen condiciones sociales que autorizan o no formas de violencia familiar, abusos sexuales y diferentes grados de coerción en la toma de

decisiones sobre prácticas sexuales. Las cuestiones de elección son complejas, pues actividades aparentemente voluntarias pueden estar condicionadas por dependencias familiares, requerimientos económicos, temor a la violencia o miedo al abandono. El tipo de prácticas que se pueden llevar a cabo, su frecuencia y sus condiciones están normadas y condicionadas de maneras diferentes para hombres y mujeres según sus edades y ubicación social y familiar, así como para diferentes tipos de hombres y de mujeres en distintos contextos (Szasz, 2004).

La posición que en la que cada uno se encuentre con respecto al poder es el principal elemento de conflicto en las relaciones sociales, esto se manifiesta de una manera simple, y es que quien posee el poder tiene la posibilidad de imponer su voluntad al otro. Usualmente quien se encuentra en una posición de poder tiende a resguardar su autoestima, pues es a través de las condiciones socioculturales para pensar que el hecho de contar con alguna forma de poder, cualquiera que sea esta le convierte en un ser superior, al menos frente a quien se subordina ante él (Montesinos, 2010).

Con respecto a la situación económica, menciona que cuando la mujer tiene una carrera próspera su éxito no sólo se traduce como una mejoría en cuestión a los ingresos, sino que también al acceso de mayores cuotas de poder dentro de la institución o empresa donde se encuentre laborando. Poco a poco va dejándose llevar por esta posición hasta el punto de que la transfiere al espacio privado, al espacio familiar, al espacio conyugal. Aquí es donde intenta hacer valer su capacidad económica imponiendo su voluntad, obviamente confrontando a su pareja (Montesinos, 2010).

(...) la presencia de mujeres con poder adquiere cada vez mayor significado. Políticas, funcionarias, empresarias, ejecutivas, intelectuales, artistas, muchas profesionistas, deportistas, entre otras, son un referente para superar la restringida visión sobre la persistencia de la división sexual del trabajo, del sometimiento generalizado de la mujer, aun en las mejores condiciones alcanzadas por los principios democráticos (Montesinos, 2014: 66).

Y es que las mujeres, al posponer el embarazo varios años, al tener más aparatos domésticos que le ayudan a las tareas del hogar (electrodomésticos, por ejemplo), al tener la apertura de empleos fuera del hogar, al tener la oportunidad de concluir carreras profesionales y el aumento de los divorcios son factores que han alimentado a la mujer a entrar al mundo laboral. Sin embargo existen otras razones. Las mujeres se casan más tarde (o prefieren no hacerlo), y esto conlleva a tener que mantenerse a sí mismas (Fisher, 2000).

Desde el momento en que nos ganamos la vida, y la de nuestros hijos, podemos dejar al hombre que ya no soportamos [...] La cantidad de divorcios no dejaba de aumentar y, poco a poco, el matrimonio tradicional se vaciaba de contenido [...] Con la contracepción y el aborto, las mujeres occidentales se encontraron munidas de un poder sin precedentes en la historia de la humanidad. Fuera o no algo deseado, esta revolución señalaba el final del patriarcado [...] Por último, se desgranaban tantas victorias como nombres de aquellas graduadas, por primera vez, avanzaban sobre territorios hasta entonces masculinos (Badinter, 2003: 9).

Aun con la transgresión que ha representado la incursión de la mujer a todas las esferas sociales en las cuales predominaba el hombre, en algunas mujeres puede existir también un cierto temor a la visibilidad. Hay quienes sienten el particular miedo a ser juzgadas por el éxito que obtengan al emprender en el ámbito laboral. En este mismo ambiente, en el que las mujeres directivas, ejecutivas y con puestos importantes son minoría, los empresarios se comportan como si el contexto actual fuese exactamente el de hace cincuenta años, es decir, como si la mujer no existiese (Chinchilla y León, 2005).

Esto puede explicarse observando que, regularmente, los hombres se perciben como víctimas de una evolución que no sólo les ha sido impuesta, sino que pareciera haber sucedido en el momento menos esperado. El feminismo ganó la batalla ideológica. Los hombres de hoy en día han cedido el poder moral, sin embargo, tienden a fingir que olvidan el hecho de que aún conservan celosamente el poder que condiciona a todos los demás; el poder económico y financiero (Badinter, 2003).

La visión femenina del dinero podría ser explicada por ciertos hechos sociales contemporáneos. Con el fin de criar a sus hijos, las mujeres entran y salen del mercado de trabajo con más frecuencia que los hombres, motivo por el cual sus pensiones son menores y tienen menos planes de jubilación." Las mujeres también viven más años; por esta razón, están considerablemente menos seguras de contar con dinero suficiente para vivir cómodamente en sus años de vejez (Fisher, 2000, 53).

(...) el "techo de cristal" no es un mito, pues ellas no representan más que el 8% de los cuadros dirigentes de las 5 mil primeras empresas francesas y no son más del 5,26% en ocupar puestos en los consejos de administración de las 120 mayores sociedades de nuestro país (Badinter, 2003: 124-125).

(...) además del techo de cristal que algunas han podido romper en su <<salto a la cumbre>>, existen barreras en el interior de la mujer. Es lo que denominamos el <<techo de cemento>>, que nada ni nadie puede romper, porque ha sido autoimpuesto por ella misma deliberadamente. En estos casos, la mujer rechaza todo tipo de promoción, en previsión de las dificultades que pueda encontrar en su nuevo puesto para conciliar el

trabajo con su vida familiar, o para huir de las luchas y manejos de un mundo mayoritariamente masculino, en el que, en ocasiones, pueden sentirse muy sola (Chinchilla y León, 2005: 123).

Aun con estos obstáculos, desde el techo de cristal que detiene simbólicamente a las mujeres para llegar a la cumbre, hasta las diferentes restricciones sociales, económicas y personales que existen en el entorno laboral, la ambición femenina no se detiene. Las mujeres siguen en busca del éxito en todas las facetas de su vida.

Por supuesto, no hay que dejar de lado que la construcción de las nuevas identidades femeninas tiene un impacto importante a la masculinidad. En ese sentido, lo masculino en el sentido tradicional, se ha fracturado. El hecho de que la femineidad se haya transformado implica, inevitablemente, un desafío para su contraparte. El problema de ello radica en que no existe un marco referencial que le indique al hombre como enfrentar la reconfiguración de las mujeres, quienes día con día están más vinculadas a los roles y espacios tradicionalmente masculinos. Montesinos lo explica de la siguiente manera:

(...) la crisis de la masculinidad, según mi interpretación, obedece a la crisis del estereotipo tradicional del ser hombre, el asociado al ejercicio despótico del poder en contra de la mujer, la raíz de la lucha político-ideológica del movimiento feminista, y el avance en la construcción de sociedades cada vez más democráticas. La crisis de la masculinidad se debe también a la emergencia de nuevas identidades femeninas, mujeres con poder, que al lograr su autonomía económica emergen como figuras que cuestionan la capacidad proveedora del varón y la superioridad masculina. Sumado a ello la crisis de la masculinidad se verifica cuando el varón encuentra un mercado de trabajo cada vez más agresivo, que lo obliga a reconocer la necesidad del ingreso económico femenino; el varón que prácticamente asume que ha sido vencido por el mercado de trabajo, que por lo que ha de desempeñar trabajos para los cuales está sobre-calificado o aceptar el desempleo (Montesinos, 2014: 65).

Es claro que en el siglo XXI la dirección que las personas decidan tomar requerirá un estilo menos jerárquico, más flexible, en donde predomine la empatía entre los géneros. Es claro que el hecho de que las sociedades modernas dirijan un discurso de igualdad no conlleva necesariamente a que desaparezcan las demás exigencias existentes; en particular, la exigencia de la construcción de nuevas identidades sexuales.

Ninguna sociedad ha logrado escapar de la necesidad de simbolizar la división de los sexos, o de construir sistemas de oposiciones reguladas entre hombres y mujeres, o

simplemente de socializar la diferencia masculino-femenino (Lipovetsky, 1999). Sin embargo la mujer de hoy en día se encuentra dispuesta al cambio, de hecho está en constante lucha por él.

CAPÍTULO III. CONSULTORAS DE BELLEZA DE MARY KAY. UN ESTUDIO DE CASO

¿Qué es lo que hace tan atrayente a Mary Kay? Antes de comenzar el análisis de las entrevistas realizadas a las Consultoras de Mary Kay me parece pertinente hablar brevemente sobre el surgimiento de la empresa, sobre su fundadora y su historia para tener un concepto más amplio de lo que es ser una *Consultora de Mary Kay* y entender el contexto en el que se desarrollan estas mujeres trabajadores.

Mary Kay es una empresa con más de cincuenta años de experiencia en salud, belleza y cuidado de la piel. Es una compañía líder en el ramo de ventas, especialmente en ventas directas (el llamado *contacto en frío*) de productos de belleza dividido en varias categorías: *cuidado facial, color, fragancia, cuidado del cuerpo y productos solares*. Cuenta con un servicio personalizado para cada cliente, el cual es impartido por las Consultoras de Belleza mediante la atención de las necesidades específicas de cada mujer y la posibilidad de probar cada producto antes de decidir comprarlo.

La empresa fue fundada por Mary Kay Ash, quien nació el 12 de mayo de 1918 en Texas, Estados Unidos. Mary Kay tuvo una infancia difícil ya que su madre fue el único sustento que tuvo en el hogar, pues trabajaba 14 horas en un restaurante, mientras tanto ella estaba al cuidado de su padre quien se encontraba enfermo. Tanto la ausencia de su madre como los consejos que ésta misma le daba cuando tenían oportunidad de estar juntas, le transmitieron a Mary Kay una personalidad emprendedora y a la vez una sensibilidad respecto a la importancia de la presencia materna en la familia.

Cuando creció, Mary Kay trabajó en distintas compañías de venta directa hasta el año de 1960, alcanzando un éxito considerable como vendedora y como capacitadora de vendedoras. Sin embargo, se sentía frustrada por no ser tomada en cuenta en promociones en favor de los hombres, por lo que decidió retirarse en 1963 pensando en escribir un libro sobre ventas para ayudar a las mujeres que estaban inmersas en los negocios; libro que posteriormente se tornaría en un plan de negocios para su compañía.

Dentro del esquema que ella tenía idealizado postuló cuatro valores fundamentales que debían estar presentes en su equipo de trabajo: 1) *Espíritu de entrega*; Mary Kay diseñó este término para describir la noble búsqueda de hacer el bien, de ser dinámico, de tener el compromiso y la responsabilidad de realizar bien el trabajo. 2) *La regla de oro*; “Trata a los demás como te gustaría ser tratado”. 3) *Hazme sentir importante*; Para Mary Kay era primordial hacer sentir importante a las clientas que compraran su producto, así como ella decía: “Es muy sencillo y causa un gran impacto. Imagina a cada persona que conozcas con un letrero alrededor del cuello que diga: hazme sentir importante”. 4) *Balance de prioridades*; Punto donde explica que debe reconocerse la importancia de construir una vida balanceada: primero Dios, segundo Familia y tercero Carrera.

Mary Kay Ash logró, con tan sólo 5 mil dólares y la ayuda de su hijo de 20 años, Richard Rogers, emprender el negocio de sus sueños. En la actualidad, Mary Kay es una empresa que cuenta con más de tres millones de Consultoras de Belleza independientes, ofrece más de 200 productos cosméticos y se encuentra ubicada en más de 35 países alrededor del mundo.

A continuación presento diversos cuadros con las fechas más importantes en torno a la historia de la empresa:

1960-1969
*Beauty by Mary Kay abre sus puertas el viernes 13 de Sept. en una tienda de 500 pies cuadrados en Dallas, Texas. *Mary Kay presenta una línea completa de productos para el cuidado de la piel exclusiva para hombres. *Mary Kay lleva a cabo la primera convención de la Compañía, conocida como el Seminario. Hoy, el Seminario es una de las convenciones anuales más grandes en Dallas, Texas. *Mary Kay Ash otorga el uso del primer Cadillac rosado a las cinco Directoras de Ventas Independientes más destacadas.

Elaboración propia

1970-1979
*Mary Kay comienza su expansión y abre sus puertas la primera subsidiaria internacional en Australia. *Mary Kay celebra su 10mo aniversario y el cuerpo de ventas Mary Kay Independiente sobrepasa las 20,000 integrantes. *Mary Kay comienza a cotizar en la Bolsa de Valores de Nueva York. *Por primera vez en la historia de la Compañía, una de las nueve Consultoras de Belleza Mary Kay Independientes supera el \$1 millón en comisiones

Elaboración propia

1980-1989
*Mary Kay celebra 20 años de su fundación y las ventas al mayoreo de la Compañía superan los \$300 millones (EUA). *Mary Kay Inc. aparece en la primera edición de la publicación de la revista <i>Fortune</i> titulada <i>The 100 Best Companies to Work for in America</i>. *Mary Kay Inc. hace una compra total de sus acciones y vuelve a ser un negocio familiar. *Mary Kay abre en México.

*Mary Kay Inc. inicia un programa corporativo de reciclaje de papel, plástico, vidrio y aluminio

Elaboración propia

1990-1999

*La expansión global de Mary Kay ahora incluye subsidiarias en 10 países.

*Las ventas al menudeo consolidadas a nivel mundial llegan a los \$500 millones (EUA).

*Mary Kay Inc. celebra su 30avo aniversario y abre el Museo Mary Kay en la sede mundial de la Compañía en Dallas, Texas, EUA. El museo atrae más de 25,000 visitantes cada año.

*Mary Kay Inc. aparece en la lista de compañías *Fortune* 500 de 1992.

*Mary Kay Inc. aparece nuevamente en la publicación de la revista *Fortune* titulada *The 100 Best Companies to Work for in America*.

*Las ventas globales al mayoreo consolidadas sobrepasan los \$1000 millones (EUA) por primera vez en la historia de la Compañía.

Elaboración propia

2000-2013

*Mary Kay Inc. recibe el premio "Innovación en la Industria" de la Asociación de Ventas Directas por la creación del programa del sitio electrónico personal *Mary Kay®*, el cual provee a cada Consultora de Belleza Independiente la oportunidad de tener un sitio electrónico propio.

Richard Rogers, hijo de Mary Kay Ash y co-fundador de la Compañía, vuelve a la posición de Jefe Ejecutivo.

*Fallece Mary Kay Ash, el 22 de Nov. de 2001, Día de Acción de Gracias, su día festivo favorito.

*Mary Kay Inc. recibe el premio Corporación Humanitaria del Año 2002 de la Comisión en Contra de Agresiones a la Mujer de Los Ángeles por sus esfuerzos para ayudar a eliminar la violencia en contra de mujeres, jóvenes y niños.

*Mary Kay Ash es seleccionada como una de las "25 Personas Más Influyentes en los Negocios durante los Pasados 25 Años" por el programa *Nightly Business Report* de la cadena PBS en colaboración con la prestigiosa Wharton School of Business.

*Mary Kay Ash recibe póstumamente el premio Humanitarian Rose Award en el Palacio de Kensington en Londres, Inglaterra, por el trabajo que ha inspirado a través de The Mary

Kay FoundationSM.

*Los productos Mary Kay® se venden en más de 35 mercados alrededor del mundo

*Mary Kay Inc. celebra su 45º aniversario y lanza su iniciativa corporativa global de responsabilidad social *El rosa cambia vidas*SM con el único propósito de cambiar las vidas de mujeres y niños alrededor del mundo.

*Mary Kay lanza *Belleza que sí cuenta*®, el primer programa de mercadeo global de la Compañía relacionado a una causa de apoyo a mujeres y niños.

*Mary Kay recibe su primer sello “Do Good” (Haz el bien) de la revista Ladies' Home Journal. El sello “Do Good” fue creado por la revista para darle reconocimiento a empresas por crear un mundo mejor. Mary Kay recibió este honor específicamente por sus esfuerzos combinados para mantener a salvo de la violencia doméstica a mujeres y niñas.

*Mary Kay Inc. celebra su 50 Aniversario. Más de tres millones de personas alrededor del mundo son Consultoras de Belleza Independientes Mary Kay

Elaboración propia

Identidad

Cómo hemos visto la identidad de los sujetos se conforma a partir de las clasificaciones genéricas hombre-mujer, posteriormente, a través de los aspectos socioculturales de la sociedad donde se encuentre el individuo, va orientándose a una cierta tipología. Marcela Lagarde explica que la identidad de la mujer se forja mediante el conjunto de ciertas características sociales, corporales y subjetivas que la van caracterizando de una manera real y simbólica con relación a su vida cotidiana.

Las experiencias particulares se encuentran determinadas por las condiciones de vida que incluyen la perspectiva ideológica, y es a partir de ésta que cada mujer tiene conciencia de sí misma y del mundo que le rodea, de los límites de su persona y de los alcances de sus conocimientos.

A partir de su propia revalorización las mujeres se han percibido positivas y han impugnado lo exterior a ellas. Ahí encontraron el mal, lo opresivo; en el sistema, en los hombres, en las relaciones, en las costumbres, en las tradiciones. Y reinterpretaron la historia, para entender, desde su lugar en el mundo. Las concepciones propias elaboradas desde el topos de las mujeres constituyen el feminismo. Desde ahí se han generado conocimientos nuevos sobre ámbitos oscuros e inexplicables, particularmente sobre las mujeres y sobre la condición femenina (Lagarde, 1990: 5).

En cuestión de *identidad genérica*, Marta Lamas explica que ésta varía de cultura en cultura y en cada momento histórico. Esto es así porque cambia la manera como se simboliza y se interpreta la diferencia sexual. Sin embargo, permanece la diferencia sexual como una referencia universal que da pie a la simbolización del género y a la estructuración psíquica de los individuos (Lamas, 1996).

Respecto a esto, las Consultoras de Belleza de Mary Kay, como todas las mujeres, tienen una representación de sí mismas, una percepción. Lo que destaca de una *Consultora de Belleza* es su presencia, su manera de hablar, la seguridad que muestra al caminar, la empatía que comparte con sus clientes, el maquillaje, la ropa que usa y sobre todo los valores que ha aprendido, mucho o poco, de su carrera profesional, pero, ¿qué hay antes de eso? ¿Cómo era la vida de estas mujeres que parecen tan seguras ahora?

En las siguientes líneas mostraré algunos fragmentos de las entrevistas realizadas a las Consultoras de Belleza de Mary, donde ellas hablan sobre cómo era su vida antes de esta experiencia laboral.

Al preguntarles las razones por las cuales comenzaron a trabajar vendiendo los productos de Mary Kay, esto fue lo que contestaron:

Samanta:

(...) Fue por gusto y por querer independizarme económicamente de mis, de mis gastos más que nada, es un negocio al que me invitó mi mamá de hecho, y empecé a trabajarlo y vi que ganaba yo hasta 1000 pesos diarios de hecho saliéndome a trabajar incluso en una hora.

Claudia:

Bueno me interesó mucho el producto, el maquillaje en especial, ese me gustó porque pues fue acorde a mi piel y a mi tono, lo encontré perfecto, no hubo que estar batallando con los tonos, y este pues, una directora que ahorita pues ya falleció, ya tiene como tres años que falleció, ella me, me empezó a vender los productos pero como vio que me gustaron pues ya me dijo –pues mejor insíbete y ya los compras más baratos, y si te gusta el negocio pues ya los empiezas a ofrecer, ya te empiezas a hacer faciales como consultora de belleza– y pues total que si pase como, como un mes y si me encantaron los productos y me insibí y este, los empecé a usar más, constantemente, mis hijas también porque tengo tres hijas, y las dos más grandes también usaban las cremas, que hasta la fecha pues seguimos usando los productos.

Margarita:

(...) empecé a conocer lo que fue la empresa de Mary Kay, una, eh, maestra de la escuela de mi hijo, me invitó a un desayuno de carrera de ascenso y me agradó mucho (...) me agrado lo que fue la empresa. En ese tiempo yo me inicié pero fue por, ahora sí que por gusto, no fue por una necesidad.

Jessica:

Bueno es que fue por una amiga, bueno conocida, este, que me invitó a, a que yo laborara ahí porque ella sabía que yo, que no estaba yo trabajando, entonces pues ya ella me dijo que, me invitó a que yo formara parte de lo que es Mary Kay y ya me dijo lo que eran los ingresos y todo, entonces a mí me... y a parte porque yo me... iba a tener todo el tiempo libre que digamos, entonces así como que eh, invertirte unas cuantas horas de tu tiempo y pues ya, eso fue lo que a mí me gustó, pues como, este, como yo cuido a mi nieto, pues por eso.

Como vemos en las respuestas anteriores, el primer acercamiento de estas mujeres con la empresa fue a través de otras mujeres que ya se encontraban en el negocio de las ventas de los cosméticos, y de hecho, como me lo comentaron, el maquillaje fue lo que les llamó la atención en primer lugar. Posteriormente fue el aspecto económico pues la idea de “ganar lo que tú quieras y tener el horario que prefieras” fue algo tentador en su momento y fue otro incentivo para que ellas decidieran trabajar en Mary Kay.

Cabe destacar que las respuestas anteriores provienen de mujeres que no pasan de los 40 años de edad y su carrera como Consultoras de Belleza no supera los diez años. A continuación las respuestas de dos mujeres que fueron Directoras Mary Kay, es decir, que tuvieron gente a su cargo y cumplieron más de diez años trabajando en la empresa.

“Minerva”:

(Comencé a trabajar) Cuando tenía 34 años, y fue así como que más forzado que de ganas de trabajar ahí, porque me debían un dinero y me pagaron con el maletín, que yo realmente no pensaba que ese maletín me iba a dejar mucho dinero y empecé a trabajar, fue muy rápido mi ascenso en esa carrera, porque ahí te manejan ventas e inicios, entonces, al ir tan rápido yo trabajando con el apoyo de la persona que me invitó al mismo tiempo me detuvo el paso porque no quería que creciera antes que ella, entonces pues era difícil el conflicto “espérate porque si tú creces me vas a saltar y ya no voy a ganar por ti” eso por una parte. Por otra parte pues la directora del “ambas” me apoyó mucho, sí, me hice directora muy rápido pero qué pasa cuando yo me voy al seminario ya de regreso hablé con mi grupo de, de compañeras de trabajo, y les dije que quién quería hacer la carrera junto conmigo, para apoyarlas y si no querían pues yo iba a seguir porque no me podía detener por, por nadie pero yo las invitaba, unas sí quisieron, otras ya no, pero ¡oh! Me enfermo y ya no pude caminar.

Coco:

Wow... no me acuerdo exactamente el... pero qué fue... ¿Te acuerdas, Rita, en qué año entramos? [Rita es compañera de trabajo de Coco] (...) Ah... pues, primero, por la insistencia de mi iniciadora, y posteriormente porque me convencieron los productos, los productos fueron los que me hicieron creer, porque sí, sí dan los resultados que prometen.

Así es como estas mujeres entran al mundo de las ventas de cosméticos. Lipovetsky explica que la belleza a menudo suele presentarse como un poder específico de la mujer, es decir, un poder que permite reinar sobre los hombres, ejerciendo cierta influencia a través de su atractivo pues eso resplandece su feminidad. Esto no ocurre de la misma manera con los varones, ya que su virilidad no se halla en relación directa con la belleza.

También explica que la belleza femenina deja de ser un privilegio natural reservado a un pequeño número de mujeres para convertirse en una labor de auto-apropiación y auto-creación que se ofrece a los méritos y talentos de toda mujer (Lipovetsky, 1999).

El momento democrático del bello sexo no solo coincide con una producción y un consumo de masas de los productos de belleza, sino que va acompañado asimismo de un nuevo sistema de comunicación y promoción de las normas estéticas, cuya piedra angular la constituye desde hace un siglo la prensa femenina. Con la prensa femenina moderna, la difusión social de los modelos estéticos ha cambiado de escala; poco a poco las representaciones y los mensajes ligados a la belleza femenina han dejado de ser signos excepcionales para invadir la vida cotidiana de las mujeres de toda condición social (Lipovetsky, 1999: 143).

Ahora bien, otro de los cambios fundamentales que se encuentran presentes en la Identidad de las Consultoras de Belleza está situado en la seguridad que el trabajo les ha otorgado. En sus propias palabras ellas expresan que Mary Kay cambió su estilo de vida, su apariencia, su manera de interrelacionarse con otras mujeres; salir de casa y dejar el “puesto” de ama de casa para intentar obtener un ingreso por sí mismas, y lograrlo. Eso es lo que para ellas significa un cambio rotundo en su vida. Al preguntarles qué cambió y cómo se sintieron al respecto respondieron lo siguiente:

Samanta:

Bueno antes de eso mi vida era muy independiente porque yo desde la prepa cubro mis gastos totales en cuanto mi forma de vestir mis zapatos lo que compro, entonces cuando yo entro a Mary Kay a trabajar por medio de clases y de faciales que es lo que te enseña prácticamente la empresa, mi vida cambió en un 100 por ciento porque empecé a, de tener a lo mejor 400 o 500 pesos en la bolsa a tener mil pesos diarios, cambió en cuanto al estilo de vida, a los ingresos más que nada.

Claudia:

Sí, sí sentí que cambió mucho mi personalidad, mi forma de vestir, mi forma de, de arreglarme, mi forma de, de toda mi persona.

Margarita:

Sí, cambió radicalmente (risas) sí, empezamos a maquillarnos de otra forma, aprendí a este, a arreglarme, vestirme, inclusive las primeras veces que yo estuve en Mary Kay, me gané una, me gané la oportunidad de tener una, este, una, fue un este, un curso en el cual nos decían a las personas delgadas, gorditas, qué es lo que nos debíamos de poner y sobre eso eh, qué colores nos iban de acuerdo a nuestra personalidad, entonces por eso fue un

cambio radical lo que yo tuve en esa ocasión (...) En qué aspectos, en el aspecto de que cuando yo entré a Mary Kay no hablaba nada, yo era una persona muy callada, un sí o un no. Ahora yo me exployo más, puedo tener más contacto con las personas, eh, mi forma de ser como persona siento que ha mejorado en el aspecto de que, eh, soy un poquito más abierta en ciertos aspectos, tanto en ámbitos, este, laborales, como el ámbito familiar también.

Jessica:

Pues lo que pasa es que ahí te, te enseñan mucho como que a que, a quererte, a subirte tu autoestima porque nos dan unas juntas y haz de cuenta que esas juntas te hablan de eso, este de que porque la mayoría de la gente, de las mujeres que ingresan ahí siempre van pues que cabizbajas, de hecho hasta su aspecto en arreglarse y todo pus, medias fodongas vamos, bueno, ahí vamos así y entonces haz de cuenta que ahí te, te suben mucho el autoestima, eh, te hacen eh, cómo te puedo decir, o sea lo que tú haces, tus esfuerzos te los eh, pues te dan motivaciones o sea, celebran lo que haces, no sé cómo decirte la palabra, este eh, y bueno eso a mí, es lo que a mí me gusta (...) Pues yo siento que sí, a mí sí me ayudó mucho, aparte porque bueno, yo he estado pasando por situaciones difíciles. Entonces la persona que me tocó a mí como directora, la verdad una bellísima persona que pues me ha ayudado a impulsarme mucho eh, en las cosas que he hecho, a este porque ahí haz de cuenta que tienes como, dicen, desarrollo dentro de la empresa porque, tú te puedes convertir en directora y cosas así, ¿no? Entonces, este, lo que yo he hecho, ella siempre ha tratado, de los eventos que hay, al menos te hablo particularmente, este, siempre, este, hizo que, pues que así como que el premiado delante de todas las, las ejecutivas y todo por los negocios que había hecho, y así como a mí a muchas. Y sí, yo sí he visto cambios en compañeras que han entrado. Entonces a mí por eso me gusta mucho.

“Minerva”:

Pues fue muy importante, más que nada por el dinero, porque ganaba yo más trabajando en Mary Kay que haciendo otras cosas que yo hacía, siempre me dediqué a las ventas y pues no ganaba lo suficiente y en Mary Kay me di cuenta que trabajando menos ganaba más y tenía más tiempo para mi familia.

Coco:

Todo, toda mi vida, empezando desde amm, desde mi piel, para empezar, porque yo entré por eso. Yo empecé a tener, este, signos de, de maltrato en mi piel, empecé por ahí. Posteriormente por la ganancia, que, este, pues que estaba muy bien, el trabajo era bonito, muy bonito, porque era poner mujeres bellas, entonces eh, me comprometí al cien por ciento, ¿aja? Al cien por ciento trabajar ahí (...) Sí, mucho. Mi vida personal sí, como mujer, como mamá, como esposa, sí, mejoró muchísimo.

Como lo mencionan, las Consultoras señalan que su vida cambió de un día para otro. Desde comenzar a maquillarse y vestirse de una manera más elegante hasta cambiar su actitud. Comenzaron a perder la timidez que las invadía, y su autoestima se incrementó.

Por supuesto, otra de las cosas que más les agradó fue el aspecto económico, pues desde un principio comenzaron a notar que los ingresos eran buenos.

La seguridad que ahora muestran no sólo se expresa en el aspecto económico, o al menos no al principio, sino por su apariencia. Es el hecho de notarse diferentes al mirarse al espejo y descubrir que ahí se encuentran ellas, las mismas mujeres de siempre pero que ahora hay algo distinto. No sólo es el maquillaje, los labios rojos, las sombras en los ojos, el rubor o el delineado, es el hecho de sentirse bien consigo mismas.

Desde best-sellers hasta artículos de prensa en internet coinciden en que la mujer está naturalmente orientada a las relaciones personales, tiende a ser interdependiente, y en ello fundamenta su seguridad. Mientras él es competitivo y se concentra en alcanzar objetivos y metas, ella es cooperativa y, sin olvidar la meta, valora el proceso que le lleva hasta ella (Chinchilla y León, 2005: 37).

De esta manera las Consultoras de Belleza logran identificar las cosas que cambiaron antes y después de Mary Kay. Su actitud cambió y se refleja en el momento que salen de casa y pierden el miedo de tocar una puerta y comenzar una conversación sin vergüenza. Sus relaciones interpersonales mejoraron, ahora son más abiertas. Su forma de vestir y mirarse así mismas las dotó de confianza. Y esto puede traducirse como el surgimiento de su nueva identidad.

Familia y Trabajo

Como se ha mostrado hasta ahora, la relación hombre-mujer ya no se encuentra marcada por los roles tradicionalmente establecidos. La incursión de la mujer en el mercado laboral ha tenido gran impacto dentro de la esfera familiar. Nuria Chinchilla destaca que esta situación, entendida como la ambición femenina, respecto al trabajo, consiste en, precisamente, querer y ser capaz de vivir el trabajo a la par de otros intereses de la vida; fundamentalmente la familia.

Sin embargo, la escasa representatividad de la mujer en puestos de dirección es el principal obstáculo para su desarrollo profesional. Además, un segundo obstáculo puede identificarse en la limitada presencia de lugares claves, es decir, de puestos que ellas puedan cubrir respecto a horarios flexibles (Chinchilla y León, 2005).

Aunque valoran su vida privada, esa actitud no siempre va acompañada de una dedicación proporcional en cuanto a tiempo. El trabajo ocupa el tercer lugar en su tabla de prioridades y, sin embargo, en la práctica es lo primero. No hay más que ver el número de horas diarias dedicadas al trabajo en relación al ámbito familiar. [...] Es decir, se defienden unos valores, pero, en la práctica, se ocupa el tiempo en otras cosas (Chinchilla y León, 2005: 104).

Respecto a esta situación, De Barbieri señala que, a pesar de que las mujeres han demostrado poseer las capacidades necesarias que las acreditan para desempeñar diversas actividades y responsabilidades, los desequilibrios que existen entre ellas y los varones son causados por las carencias educativas, de entrenamiento y experiencia, y, sobre todo, del ejercicio del poder (De Barbieri, 2004).

En cuanto al trabajo, Helen Fisher habla sobre la diferencia entre hombres y mujeres. Ella afirma que, mientras los hombres tienden a situarse dentro de una jerarquía para, posteriormente obtener una buena posición, las mujeres se encuentran más interesadas en la cooperación, en la armonía y en la conexión: en una red de apoyo. (Helen Fisher, 2000).

La mujer puede ser resuelta y astuta a la hora de trepar la escala social o corporativa, pero cuando alcanza posiciones altas es más frecuente que reste importancia a su

autoridad. Pocas mujeres están interesadas en el poder por el poder en sí. (Fisher, 2002, 73).

A continuación presentaré algunos fragmentos de las entrevistas realizadas para poder observar la opinión de las Consultoras respecto a la *doble jornada*, al trato que tienen con sus clientas, temas relacionados con el trabajo y con el ingreso que perciben, su entorno familiar y las similitudes de vida que existen entre ellas y otras compañeras, así como el sentimiento de la competitividad entre mujeres.

La *doble jornada* es una dinámica que refiere a las obligaciones que la mujer tiene después de salir a trabajar y regresar al hogar, es decir, atender a los hijos, al marido, y además realizar diversas tareas domésticas. Ellas explican cómo viven esta situación de la siguiente manera:

Margarita:

Sí, sí es difícil, porque hay veces que por ejemplo hay tiempos que le podemos dedicar a los hijos pero sin en cambio hay que salir a hacer faciales, clases o contactar para que de esa manera pues podamos salir económicamente.

Samanta:

Sí, sí es, este, sí es complicado porque a veces te salen clases tarde, y si tienes hijos no tienes con quien dejarlos, en este caso si había el apoyo pero no siempre. Y también, no lo llamaría yo como egoísmo pero sí... como explicarlo, que, que te dice tu misma familia "si vas a trabajar en algo organiza todos tus tiempos", y a veces si te ves presionada de que tienes que hacer esto tienes que hacer lo otro, tienes una clase, tienes que entregar (no se alcanza a escuchar muy bien) y si necesitas, en ese momento, sí se me juntaban las cosas, ¿no?

Por otra parte, las Consultoras de Mary Kay comentan que una de las cosas más complicadas al momento de salir e interactuar con otras mujeres es convencerlas, hacer que se interesen por el producto. Sin embargo, como argumenta la Directora "Minerva", esto no se trata solamente por vender, sino que la Consultora tiene el compromiso de hacer que sus clientas cambien realmente, es decir, hacer que quien compre el producto no sólo se sienta satisfecha con su imagen, sino con su persona. Así lo menciona ella:

Lo más difícil es, hablar con las personas y tratar de convencerlas que no quieren su dinero, que quieren que ellas cambien verdaderamente, porque la gente piensa que tú al venderles algo estás ganando, ese es el problema normalmente de nosotras las personas

que nos dedicamos a vender. La gente piensa que si te va a comprar te hace un favor o te está beneficiando, entonces es lo más difícil hacerles entender que si nos vamos a beneficiar pero mutuamente. Es difícil.

Jessica, Consultora principiante, habla sobre las dificultades del trabajo y de cómo son los ingresos dependiendo del desempeño:

(...) Pues es que es muy variable, depende del empeño que tú le pongas, ¿no? Si tú le dedicas por lo menos, bueno, yo así le he hecho, dos o tres horas diarias, entonces sí le ves ingresos buenos, ¿no? Porque, este, una ocasión, de, este, ingresé casi 20 mil pesos, entonces haz de cuenta que es el cincuenta por ciento. Igual y cuando no trabajo mucho pues haz de cuenta que son tres mil, dos mil, así.

Coco:

Ups... no pues nunca hice un, un “cuánto” (gano) porque pues es variable, en, este, en reuniones de cuidado de la piel, pues llegaba a vender hasta cinco mil pesos, seis mil pesos, de ahí pues obviamente nos dan lo que es el cincuenta por ciento. Sí, en algunas, menos, pero por lo regular en todas las, este, las reuniones que se hacían eh, siempre había venta. La ganancia estaba bien, yo gané bien en, este, en Mary Kay, e incluso yo de ahí tuve el capricho de que quería un baño de tina, un baño con tina, y puse mi baño con tina, aja, y entonces tengo mi baño con tina porque yo lo logré de ahí, de Mary Kay, o sea, la verdad es que sí me fue bien.

Respecto a los ingresos, todas las entrevistadas coinciden en que siempre es variable ya que depende del empeño que cada una ponga, las horas que se dediquen a trabajar fuera de casa, las *clases del cuidado de la piel* que logren hacer al día (las cuales, aproximadamente duran 2 horas por clase) y la cantidad de producto que logren vender. Es decir, una consultora que va empezando puede ganar entre 3 mil y 6 mil pesos mensualmente, mientras que una directora, por mínimo (y por supuesto, trabajando constantemente), de 10 mil pesos en adelante.

También mencionan que los traslados suelen ser las actividades más pesadas al momento de salir a trabajar, esto porque algunas de las clientas que llegan a conocer en la calle pueden vivir lejos, y si llegan a ser clientas frecuentes entonces la Consultora tiene la tarea de visitarla periódicamente, viva donde viva, y esto representa una inversión de tiempo.

Margarita:

(...) Pues a veces más bien los traslados, porque por ejemplo, si nos dan referencias de que hay que ir a ver a las personas a otros lados, entonces, eh, puedo tener clientas en el centro, puedo tener clientas por aquí, puedo tener clientas en Ecatepec, entonces sí es un poquito más de tiempo eso.

Claudia:

Al trabajo pues son 8 horas, al negocio son 2 horas, y el sábado es para estar en casa con la familia, voy a visitar a mamá y cuando llega mi esposo pues en la noche estamos en la casa en la sala viendo la televisión, pero casi siempre los sábados es para estar en la familia, con la familia nada más.

Sin embargo, también coinciden en que al poder asignarse ellas mismas los horarios en los que desean trabajar, facilitan los ritmos de vida que tienen.

Samanta:

Sí, yo creo que sí, si trabajas obviamente tú eres dueño de tu tiempo, eres quien genera sus propios ingresos, tú sabes cuánto traes en la bolsa, que puedes gastar y que no, ¿no? Entonces este, por supuesto que te da una zona de confort porque decides qué hacer con tu dinero, ¿no?

Jessica:

Pues es que lo que pasa es que uno está acostumbrado a que tienes una percepción fija, digamos, ¿no? Que trabajas equis tiempo y dices “bueno, en la quincena me van a dar mi sueldo” a la semana, según como te paguen. Y aquí no, bueno o sea, como que a la vez es mejor, aquí a mí me gusta más porque te repito que tengo así como que son tus horarios, tú ganas lo que tú quieres, o sea si tú no ganas es porque tú no trabajas, así tan sencillo.

Por otro lado, argumentan que a pesar de los largos traslados, el tiempo que pasan fuera de casa y el tiempo que invierten con las clientas, no dejan de lado sus deberes cotidianos.

Coco:

(Dedico el tiempo a mi trabajo) Al cien por ciento, bueno, sin abandonar mis, mis obligaciones. Me refiero a prepararme, a capacitarme, a hacerme una excelente consultora, del conocimiento del producto, del cuidado de la piel, de todas las capacitaciones que nos dan ahí, yo asistía cada año al seminario de Monterrey. Y este, y a mis juntas semanales, no faltaba nunca.

Lipovetsky explica que el trabajo de las mujeres suele ser temporal, esto porque en el momento que tienen hijos ellas abandonan sus labores de tiempo completo y se dedican al hogar (Lipovetsky, 1999). Esa es una de las razones por las cuales las mujeres se limitan a obtener un trabajo estable en el cual deban cumplir un horario establecido y también esto puede explicar por qué Mary Kay luce atractivo para ellas, pues la empresa ofrece horarios flexibles que pueden acomodarse según las necesidades de las Consultoras. En ese sentido Chinchilla señala lo siguiente:

(...) las mujeres estamos menos atrapadas por el estatus, por la tarjeta de visita, por la opinión de los demás sobre nuestra carrera. Somos capaces de tener una experiencia del éxito más global, en la que la trayectoria vital incluye trabajo y familia sin disyuntivas ni exclusiones, dando a cada faceta la velocidad adecuada al momento en que vivimos. [...] es imposible liderar a otros si no somos capaces de liderar nuestra propia vida. El buen líder, además, sabe encontrar cada día algo positivo en los que le rodean, generando un clima de confianza, solidaridad y relaciones estables. Ése es el valor añadido. Ése es el cambio (Chinchilla y León, 2005: 138-139).

Sin embargo, como en cualquier trabajo puede existir cierta competitividad. A pesar de que las Consultoras argumentan que existe un grado bastante alto de solidaridad entre ellas, no dejan de presentarse algunos conflictos, los cuales pueden ser identificados especialmente en el trabajo “hombro a hombro” entre compañeras, así como con el género masculino. Marcela Lagarde lo explica de la siguiente manera:

Cualquier mujer es potencial enemiga. Cada mujer disputa a todas las demás un lugar en el mundo a partir del reconocimiento del hombre y de su relación con él, de su pertenencia a sus instituciones sociales y del amparo del poder. La primera relación de la mujer - ambivalente y contradictoria, a la vez de enemistad y de amor- es con su madre. Después de extiende a todas las otras mujeres próximas y lejanas: amigas, hermanas, hijas, todas las parientas, compañeras de trabajo o de grupo social (Lagarde, 2012: 10).

Samanta:

Ahí, en ese tipo de trabajos sí porque de hecho, y aun así es complicado fijate, porque es lo que te digo; mujeres, mujeres son y cuando empiezas a ver que la otra ya está ganando más pues sí dices “híjole y yo por qué no gano lo mismo o por qué no me hago escalera o qué estoy haciendo mal yo, o por qué a mí no se me da” y es lo que te dicen: “no es que no se te dé, si no somos macetas, lo tienes que trabajar” pero sí hay equipos si hay solidaridad porque son los estatutos de una empresa, ¿por qué? porque a la empresa le conviene tener bien a la gente para que dé resultados y por consecuencia pues la empresa va a ganar y pues millonadas, y te dan las bases de que te tienen que capacitar, y hay quien no lo hace, pero si hay muchas reglas de espíritu de entrega, de que te adoptan entonces yo

creo que ese es un punto de por el que mucha gente le gusta ese negocio, a muchas mujeres les gusta mucho ese negocio, aparte de que pues son buenos productos y que te dicen y a niveles estadísticos que así nos fuéramos a guerra lo que vendes es cosméticos, entonces por eso es buen negocio.

Margarita:

La relación que tengo con las demás consultoras dentro de la unidad ha sido muy agradable me ha gustado mucho, porque eh, a pesar de que por ejemplo algunas si les ha funcionado algún método lo platican, hay otras que te dicen “si gustas yo salgo contigo a trabajar, te apoyo, lo que tú necesites”, entonces yo siento que la convivencia ahí ha sido muy buena, no ha habido con que –ah tú ya subiste más que yo y pues ora no te digo”– todas somos unidas en ese aspecto.

Coco:

Mira, la competencia ha sido siempre y en todas las empresas y en todos los ámbitos y en todo, no solamente en el trabajo, la competencia, pero depende de la, ahora sí que la visión de cada persona, de cada mujer, en este caso. En Mary Kay hay puras mujeres y dicen por ahí un dicho, “entre mujeres te veas”, pero yo creo que sí, sí como persona, como mujer trabajas con, con este, con honestidad, basada en el respeto hacia todas, pues yo creo que se puede trabajar bien, siempre va a haber quien no sea así, ¿no? Pero yo creo que todas son inteligentes y se dan cuenta de que pues si tu das respeto exiges respeto, y obviamente pues dentro de Mary Kay se supone que hay una regla de oro, la regla de oro es, debes ser siempre respetable, es la base, la base de la empresa que es, este, “trata a los demás como quieres que te traten”, aja, y la otra pues es, este, manejar, primero Dios, después, la familia y después el trabajo, son, son bases fundamentadas por la señora Mary Kay, entonces, pues yo creo si se basa uno en eso, todo lo que dijo viene en la biblia pero en otras palabras, ¿no? Si se basa uno en ese, yo aprendí mucho de ahí, la capacitación, la motivación, las bases, las reglas, este, el, el aprender a quererse uno mismo, a valorarse como mujer, como persona, es muy padre, la verdad es que yo aprendí mucho en la empresa, eh, si estuve dispuesta a invertir lo que se tuviera que invertir para, para tener buenos resultados, para ser mejor persona, hay mucha capacitación, hay mucha... ahí te forman si uno permite ser formada bien, es bien, hay mucha ayuda entre todas, es bonito, la camaradería ahí es bonito entre mujeres, aja.

Por supuesto, las situaciones que surgen en relación a lo anterior impactan en el ambiente familiar. El tiempo que le dedican a sus hijos puede ser poco constante; el tiempo que dedican para sí mismas a veces no es el suficiente y lo utilizan para realizar los deberes del hogar, o bien, para descansar. Y claro, el tiempo dedicado a la pareja suele ser reducido., lo que conlleva a ciertos roces conyugales.

Pareja

El éxito personal y laboral que estas mujeres han logrado ha reconfigurado su identidad femenina, las ha dotado de confianza y de una nueva imagen de sí mismas que las ha llevado a nuevos horizontes. Antes de comenzar a trabajar en Mary Kay su vida se encontraba consagrada en el hogar, en las tareas domésticas, en el procurar a los hijos y a su pareja. Ahora, además de ello, obtienen un ingreso por su propio esfuerzo.

Sin embargo, no se puede dejar de lado el hecho de que estas transformaciones implican cambios considerables dentro del núcleo familiar, y por supuesto, en la relación conyugal. Pues si bien, la incorporación de la mujer al mundo laboral es muy importante en la actualidad, también significa que la dedicación de hombres y mujeres cambiará (Chinchilla y León, 2005). Montesinos lo explica de la siguiente manera:

(...) cuando la mujer tiene una carrera ascendente en el que no deja la menor duda que se trata de una carrera exitosa. Las condiciones del entorno favorecen su autoestima, su éxito se traduce no sólo en una mejoría en los ingresos sino en acceso a sus mayores cuotas de poder dentro de la institución o empresa en la que trabaja. Poco a poco se deja llevar por su posición y sin darse cuenta la transfiere al espacio privado, donde intenta hacer valer su capacidad económica imponiendo su voluntad y borrando poco a poco a su pareja (Montesinos, 2010: 57-58).

En ese sentido, Montesinos en *El mito del amor y la crisis de pareja* menciona tres tipos de pareja. La primera es *la pareja tradicional*: Es aquella donde el hombre es el proveedor de la familia y éste evita que la mujer se incorpore al mercado de trabajo ya que las responsabilidades de la mujer se encuentran en el hogar, representando el papel de madre/esposa. La segunda es *la pareja del cambio*: Donde la relación puede generar condiciones más armoniosas entre ellos, aunque sujetas a las presiones cotidianas de la vida moderna. Y por último, *la pareja moderna*: La cual trata una situación de igualdad respecto a las condiciones económicas del hombre y la mujer, y por tanto, les permite generar una relación ubicada en la equidad, en el mutuo apoyo y la solidaridad. (Montesinos, 2010).

Sin embargo, Lagarde menciona que existe una creencia común de que si se realizan ciertas actividades o trabajos específicos, así como si se tienen actitudes, comportamientos o sentimientos asignados al género contrario, los sujetos abandonan su género y se

convierten en el opuesto (Lagarde, 1990). La autora sostiene lo anterior de la siguiente manera:

La creencia en que cambiar es convertirse en el otro es generalizada. Los hombres temen que si cuidan a los niños o hacen la comida, dejan de ser hombres; si no son ellos quienes toman las decisiones básicas, si "se dejan mandar o mantener" por las mujeres, si no las maltratan o engañan, se les llama mandilones y se sienten poco hombres. A los hombres que hacen cosas de mujeres se les considera mujeres, seres inferiores. He ahí el daño. En el lenguaje patriarcal ya no son hombres, son putos (Lagarde, 1990: 5).

Lo anterior puede ocasionar conflictos dentro de la relación conyugal. La razón es simple: el surgimiento de *nuevas identidades femeninas* ocasiona la transformación de su igual: el varón. Y por ende, también debe existir una reconfiguración de la masculinidad. Montesinos señala que la nueva configuración masculina está relacionada con la aparición de las mujeres con poder y con la economía deteriorada (Montesinos, 2002).

Así el hombre, al ver que la mujer toma las riendas de su vida, se da cuenta de que ya no es el proveedor exclusivo y se ve desplazado del lugar que social e históricamente le había sido asignado. En el último apartado de este trabajo se destacará este punto de vista para compararlo con el punto de vista de las Consultoras de Belleza entrevistadas.

A continuación presentaré algunos fragmentos de las entrevistas realizadas para observar cómo es la relación conyugal entre las Consultoras de Belleza de Mary Kay y sus respectivas parejas. Para ello, y dado que el objeto de estudio trata sobre la relación entre autonomía económica y divorcio, me parece pertinente mostrar sus respuestas junto con las preguntas específicas que fueron realizadas:

Samanta:

Y, ¿ganabas más que él en ese entonces trabajando en Mary Kay? (Samanta responde "sí, sí" a mitad de la pregunta y continua).

Sí, yo creo también esa era una razón por la que él obstaculizaba porque veía, se notaba el dinero, en ese entonces yo tenía, manejaba cuentas de banco, llegué a tener hasta ocho cuentas de banco y, con una niña y aun así sí sobresalía yo aún más que él.

Ok, ¿Y nunca te pidió que dejaras de trabajar?

Sí, sí pero de mi carrera.

¿Cómo?

Sí, me dijo que fuera yo a dar las gracias, y que pues mejor me dedicara yo a cuidar a mi hija, y que él se iba a hacer cargo de los gastos, pero yo no vi, yo no vi nada seguro por lo que yo seguí en lo mío.

Mmm ya. Eh, ¿dentro de ese tiempo existió alguna vez violencia verbal o física, discutieron con respecto al trabajo?

No, no, no, no, no, no, jamás.

Y, ¿qué cosas cambiaron antes y después que comenzaste a trabajar con respecto a la relación con él, con tu pareja?

Que normalmente me veía yo creo dinero y entonces se desentendía un poco más porque veía que yo podía y me lo hizo saber; “es que yo hago concha, de una manera contigo” así literal me lo dijo, “porque veo que pues, tú eres una mujer independiente que generas un ingreso, que yo sé que a mi hija no le falta nada, porque pues tiene una mamá muy luchona” esa era su frase, ¿no? Entonces yo, yo pienso que fue su confort, su confort.

Claudia:

¿Y qué piensa tu... tu esposo, respecto a que trabajes? Le agrada, no le agrada, le es agradable que los dos aporten al hogar, le molesta un poco ese aspecto.

Pues hace un tiempo sí no le gustaba que trabajara pero ahorita ya se acostumbró o ya le gusta que trabaje, ¿no? (unas pocas risas de parte de Claudia se hacen notar). Ya no me dice nada, al contrario ahora sí no voy me dice “¿por qué no fuiste a trabajar?” y le agrada [no se distingue lo que dice por el ruido] y sabe que yo aportó más a la casa y que le agrada porque pues el dinero es finalmente para sus hijas, ¿no?

Sí sientes apoyo por parte de él.

Sí.

¿Y no se molesta por el horario que tienes de trabajo?

No, no ahorita ya se acostumbró.

Pero, ¿antes...?

Ya tres, tres años casi cuatro años pues ya. Pero si desde el principio fue muy difícil porque sí se molestaba que llegara tarde, pero es que ahí varía el horario, sí cerramos a las diez y media pero varía porque si tengo muchas cosas que hacer tengo que terminar, pues hasta que termine puedo salir (...) ¡Ah!, siempre me dice “ya vas a vender, ya vas a vender, luego ni te pagan” pero está a gusto, finalmente está a gusto porque también él ya

últimamente empieza a ocupar los productos, que la espuma para afeitarse, que el jaboncito para lavarse su cara, que el protector solar, entonces ya no me dice nada tampoco.

Margarita:

¿Y tu marido que piensa al respecto de tu trabajo, como consultora de Mary Kay?

Como consultora, eh, pues, él no se opone, nunca me ha dicho “pues sabes que ya no lo hagas” al contrario él me apoya, él, este, me impulsa a que yo siga trabajando. En el aspecto pues económico pues no, inclusive a pesar de que gano más que él no hay ningún problema en cuanto a ello.

Existe apoyo.

Sí.

Por su parte... ¿No le incomoda tu horario de trabajo?

Eh, no, inclusive lo he platicado con él, hemos platicado como pareja y en este caso pues él ahorita que apenas va a entrar a trabajar, entonces, este, a pesar de que yo tengo que salir a trabajar y él se queda en casa hay ciertas actividades que pues, por ejemplo yo no puedo realizar y él me ayuda a hacerlas. Entonces nos compensamos uno con otro.

Como vemos, las respuestas de las Consultoras nos indican que sus parejas se encontraban incómodas con la idea de que ellas comenzaran a trabajar. En el caso de Samanta, por ejemplo, su pareja, con quien tenía una niña pequeña, al ver que ella podía solventar los gastos de su hija él se desentendía alegando que “no le iba a faltar nada”. En el caso de Claudia, su pareja sugería que ser Consultora de Mary Kay no le parecía ser un trabajo real, por lo que su esposa perdía el tiempo al salir de casa e intentar vender el producto. Margarita menciona que su esposo no se encuentra incómodo al respecto, sin embargo cabe señalar que él, en el momento de la entrevista, tenía cierto tiempo sin empleo. Chinchilla sugiere lo siguiente:

(...) la necesidad primaria de la mujer es sentirse querida, comprendida y escuchada; la del hombre, sentirse necesitado, por algo se considera <<el proveedor>> de la familia... Por esa razón, la pérdida del trabajo, por ejemplo, puede causarle una ruptura interna terrible, la misma que experimentaría la mujer al perder una relación personal cercana (Chinchilla y León, 2005: 38).

Como se menciona anteriormente, con el tiempo, estos hombres comenzaron a aceptar este nuevo ritmo de vida, a acoplarse a la vida de ellas y a respetar las decisiones de sus parejas. Sin embargo, algunos de ellos muestran una actitud menos tolerante. Estas

actitudes se manifestaban a través de la insistencia, por parte de los maridos, de que sus esposas dejaran de trabajar. Esto es lo que comentaron al respecto:

Coco:

Y cuando comenzaste a trabajar ¿qué es lo que pensaba tu esposo al respecto de tu trabajo?

Ah pues que estaba jugando a traba.... A vender, a trabajar, porque como es un, es un trabajo que no, no tiene ninguna, este, cómo se dice, pues ninguna prestación, piensa que es, que uno trabaja un ratito y en un ratito ya te aburres y ya lo dejas, eso es lo que él pensaba, que era así y además algo que me dijo que era muy caro y que no lo iba, no lo iba a vender, eso lo que pensaba.

Y, alguna vez dentro de ese tiempo, por esa misma visión que él tuvo, de que ganabas más, ¿alguna vez quiso que dejaras de trabajar?

Sí, claro, sí por supuesto, lo que pasa es que yo empecé a trabajar porque en un tiempo a él le fue mal, su negocio quebró y obviamente no había mucho, mucha aportación de dinero, siempre estábamos prácticamente nada más para lo que era para comer, tonces cuando ya empecé yo a meterme más (a Mary Kay), este, me empezó a gustar, de todo me gusta, o sea, me gustaba alegar a las mujeres, dejarlas bonitas, verlas como llegaban a una clase y como salían, a mí eso me encantaba, entonces, independientemente del dinero, me empezó a agradar, ya posteriormente cuando él empezó ya a trabajar bien y empezó a irle bien, sí me dijo que ya estaba ganando más y que, este, que quería que ya no trabajara, y entonces pues lo único que le dije “bueno, ta’ bien, nada más dime con cuánto dinero voy a contar, para, para, este, saber si lo dejo o no” me dijo “¡ah! ¿es por dinero?” , sí, sí, porque eh, este yo tenía mis cremas, en el tocador, lo que yo usaba, y en una ocasión yo llegué a ver, la cremita chiquita para los ojos, o la de día o la de noche, y llegaba yo a ver así como que empezaba a faltar y decía yo “ah, que chistoso”, no pues él la estaba usando y sí me dijo un día “oye, esas cremas que te pones dejan bien bonita la cara” y le digo “¿estás agarrando mis cremas?” me dice “pues sí, me las pongo porque sí se siente bien suavcita la crema”, ¡ah que padre! Cuando me dijo él que cuánto, que me iba a dar más dinero le dije “ok, ¿cuánto me vas a dar?”, “¿Qué, es cuestión de dinero?”, “sí, porque sí tú me vas a comprar ya desde empezar mis (no se alcanza a escuchar) y las cremas que usas que están bien bonitas, que esas cuestan 250 pesos cada una” y le empecé a hacer cuentas y entonces agarró y dijo “ay no” dice “¿cómo crees que todo eso?” y digo “bueno entonces piénsalo” y ya no me dijo nada. Pues sí... pero súmele y súmele, pues no le iba a alcanzar ¿verdad?

“Minerva”:

Y con respecto a tu esposo, tu pareja, eh, nunca le agradó, es lo que me comentas, nunca le agradó que trabajaras en Mary Kay.

No, nunca le agradó, nunca me ayudó, incluso prohibía a mis hijos que me ayudaran.

¿Por qué crees que lo hacía?

Pues ni idea, yo pienso que como en su familia le inculcaron que el hombre no debía, este, servir a la mujer, que el hombre era el que mandaba, entonces, las decisiones que él tomaba y las que yo tomaba no eran las mismas, sí, salvo en excepciones de, de, de dejarme una carga, de decir, este, ps es que es inexplicable, para algunas cosas sí era, sí era lo que yo dijera y para otras no, porque para pagar los gastos sí los tenía que pagar y si no me alcanzaba pues los tenía que hacer yo misma, para ahorrarse la mano de obra de otra persona, ¿no? Y eso me provocaba a mí muchos conflictos.

Entonces, eh, a él le molestaba que ganaras más que él.

Sí, definitivamente.

Y, ¿alguna vez existió discusiones con respecto a eso, eh, te ofendió, no sé.

Sí, sí, me pedía dinero prestado, incluso le regalaba yo dinero, pero pues nunca tuvo llenadero, incluso yo manejaba una tarjeta que era de él, una adicional, y me la quitó para que yo no trabajara con ese dinero.

Dirías que era incongruente, ¿no? Sus acciones con lo que él decía.

Sí.

No quería que trabajaras

Pero quería vivir bien.

Y ¿cambió tu relación con él cuando empezaste a trabajar en Mary Kay, siempre fue igual, cuáles fueron las diferencias?

Empeoró, empeoró porque al yo trabajar y ganar más pues él ya no quiso dar dinero porque decía "pues si tú trabajas, tú págalo", entonces ps, en lugar de avanzar retrocedimos, porque no se puede vivir de una cosa que estas ganando, porque de hecho era para viajes, incluso cuando una vez salí de viaje y llevé dinero cuando regresé él me había dado dinero, pero cuando regresé él me lo pidió y se lo regresé, de hecho pues el dinero no, ni me lo gasté, lo de él no me lo gasté, me gasté el mío, y aun así me causó muchos conflictos y me dejó de hablar como seis meses, porque me fui de viaje de trabajo.

Y alguna vez en, en estas situaciones que me comentas, eh, ¿se separaron, tú te fuiste de la casa o él se fue, eh, pensaron en el divorcio, pensaste tú en el divorcio, o alguna situación similar?

Sí, sí, pero él dijo que estaba yo loca, que estaba mal, que necesitaba ayuda, que todo lo que yo decía no era cierto, entonces ps fue difícil, y mis hijos en la escuela, sí, yo creía, en ese momento yo creía que, eh, o sea como que me sentía yo respaldada por él, hasta que ya

me di cuenta de que pues la que ponía el dinero era yo, y la que resolvía los problemas era yo, pero siempre viví con esa sensación de que él era el que proveía.

Y entonces sí llegaron a separarse.

Se fue dos veces, se fue dos veces pero regresó porque en lugar de irse a vivir en la casa de sus padres o irse a vivir a rentar un cuarto se fue a la casa de mi mamá, de mi familiar, entonces pues estaba causando conflictos, ¿no? Porque salirse de la casa donde vivíamos a irse a la casa de mi familia, pues era mucho más cómodo todavía, no dar dinero y todavía que lo atendieran, y gratis.

Jessica:

En ese caso, ¿por qué razón dejaste de estar con tu pareja?

Ah pues por situaciones este... ¿sí lo puedo decir?

Sí, claro que sí.

Ah pues porque él era muy celoso y me pegaba, entonces este eso fue deteriorando la relación y cada vez era peor, entonces pues decidí que, pues ahí se terminara todo.

Como podemos observar, las parejas de las Consultoras de Belleza argumentan que ellas, al ingresar a trabajar a la empresa, estaban “jugando a vender sombras, labiales y demás cosméticos”, esto por no ser un trabajo con prestaciones laborales, por no tener horarios establecidos (lo que ocasionaba una serie de conflictos más personales, como por ejemplo, ver que sus esposas se arreglaban más seguido y pasaban largas horas fuera de su hogar, llegando a veces a altas horas de la noche), por las ganancias (pues ellas comenzaban a tener ingresos más elevados con Mary Kay que sus esposos con sus respectivos trabajos).

También, como lo menciona “Minerva”, la educación que su esposo recibió fue la de “un hombre no debe servir a la mujer, sólo de trabajar y darle lo indispensable. Ella es quien debe realizar los labores del hogar”, fue uno de los principales factores por los que él no aceptaba que ella trabajara fuera de casa. Por otro lado, como menciona Coco, su esposo se incomodaba al ver que ella ganaba más dinero y por tanto le exigió que dejara de trabajar, a lo cual ella se negó. Jessica, por ejemplo, sufrió violencia física por parte de su pareja a quien no le agradaba en lo absoluto que ella saliera a la calle arreglada y mucho menos a trabajar.

Otras Consultoras (quienes no accedieron a ser grabadas para la entrevista por cuestiones personales), comentaron situaciones similares, tanto propios como de otras compañeras que se han dedicado al mismo trabajo. “Carmen”, por ejemplo, Consultora de Belleza que tiene ocho años trabajando en Mary Kay dijo que había dejado a su esposo porque él se había ido de casa ya que, en sus propias palabras “no aguantaba que ella ganara más dinero que él”, además de también haber sufrido de violencia física.

Con respecto a la violencia, la cual puede ser física, psicológica o sexual, Gil y Loret explican lo siguiente:

La violencia dentro de la pareja no se produce de forma constante, sino por ciclos. Puede haber periodos de calma y afecto intercalados con episodios de violencia. La dificultad del hombre para asumir su problema y modificar la interacción que tiene con su mujer, junto a la dependencia que tiene, hace que para no perderla utilice todo tipo de estrategias para someterla, lo cual merma las capacidades de ella para romper la relación. Además, si la mujer insiste en romper la relación se pone en riesgo porque se pueden hacer realidad las amenazas de hacerle aún más daño (Gil, Loret, 2007: 46).

Género

Para finalizar con el análisis de las entrevistas, en este último bloque presentaré las respuestas de las Consultoras de Mary Kay que están enfocadas al género. En este apartado podremos observar cómo se sienten respecto a ser mujeres trabajadoras, respecto a su nueva identidad femenina, sobre cómo se sienten al ganar más que sus maridos y si es que creen que eso les ha afectado a ellos.

Samanta:

¿Crees que trabajar te ha llevado a una situación de confort, como mujer, ya en... desde tu género, como mujer?

Sí, yo creo que sí, si trabajas obviamente tú eres dueño de tu tiempo, eres quien genera sus propios ingresos, tú sabes cuánto traes en la bolsa, que puedes gastar y que no, ¿no? Entonces este, por supuesto que te da una zona de confort porque decides qué hacer con tu dinero, ¿no?

Y, en ese caso ¿no necesitas a nadie?

De hecho, es correcto, y aunque lo necesitaras, yo creo que una mujer independiente el día de hoy, en esta época que estamos viviendo es punto blanco para ahuyentar a un hombre que quiera acercarse porque lo que quieres es dinero, y si tú lo generas, pues es difícil que, que compartas, a menos de que haya hombres que quieran trabajar a la par contigo, y los hay porque de hecho en Mary Kay hay, la mayoría de las mujeres que yo conozco son solas, están solteras o divorciadas, pero hay dos que tres que trabajan, que los maridos se ponen las "pilas" y dicen "bueno, yo me dedico a ser tu chofer y te llevo y te traigo" y venden cosméticos, y de ahí viven y tienen a sus hijos en escuelas de paga, y les ha ido muy bien, pero cuando haces equipo. Cuando no la mayoría pues, desiste, claudica del directorado porque es difícil, sí necesitas que te apoyen, ¿no?

"Minerva":

Y, bueno ya, más, más enfocado a ti como mujer, ¿crees que trabajar te ha llevado a una mejor situación?

Sí, sí, definitivamente, he aprendido, me gusta hacer lo que hago, disfruto ganar el dinero, y tener ciertas comodidades, aunque por el momento no las tenga ni las haya planificado, sí, pero sí espero porque la tensión de vivir bien y de tener cosas o de disfrutar cosas está basada en un núcleo viciado en el cual, sí, la pareja con la que estoy, sí, quiere que yo resuelva todavía y diga y haga como si fuera mi hijo y pues, pasó de ser pareja a mi hijo.

¿Crees que es adecuado que una mujer trabaje para aportar los gastos del hogar?

Sí, sí, cuando hay, hay una, mmm, cuando se habla, mira, te podría decir yo, si tú te dedicas a esto yo hago esto y los dos juntamos y aportamos y avanzamos, pero si nada más uno es el que da es muy desgastante porque como dice él “yo no soy gato” entonces digo yo “tampoco soy sirvienta” entonces, estás fungiendo dos papeles de meter dinero a la casa y aparte ser sirvienta de una persona que ya no quiere hacer nada y esperar a una jubilación que no le va a servir de nada, ni a él ni a mí, y vamos a estar peor, porque yo a mi edad todavía tengo muchas ganas de hacer muchas cosas.

Las respuestas anteriores reflejan la creciente independencia que nace del hecho de saber que no necesitan que nadie les provea de alimento, dinero o casa. Al darse cuenta de que ellas mismas pueden solventar sus gastos, salir a trabajar y conseguir lo necesario para su familia, en este caso: sus hijos, y tomar las riendas de su vida, se incrementa su seguridad, y por tanto, surge una nueva identidad. Lagarde explica este cambio de esta manera:

Las mujeres cambian mucho más que otros grupos y categorías sociales, sin embargo, no son concebidas ni por ellas ni por los otros, como los sujetos sociales más cambiantes en esta época histórica. Las mujeres emprenden nuevas actividades, nuevas relaciones, nuevas formas de comportarse, trabajan por doble partida y se desenvuelven en una doble vida, en un desdoblamiento que cada una tiene que elaborar subjetivamente e integrar en su identidad. La cultura y sus posibilidades de pensar esta situación la reducen a masculino y femenino. Grupos crecientes de mujeres quieren y procuran cambiar más allá de los cambios compulsivos a que las obliga la sociedad. Han definido en qué y cómo quieren cambiar (Lagarde, 1990: 8).

“Minerva”:

Ya veo. Y este, este conflicto que has tenido pues ya a lo largo de los años con tu pareja, ¿crees que le ha afectado en su percepción como, como hombre, en su masculinidad?

Sí.

¿O cómo crees que le ha afectado, su, su, digamos, su labor social como hombre proveedor, crees que le ha afectado o cómo tú percibes el cambio en que tu hayas entrado a trabajar en Mary Kay, que ganaras más que él, cómo crees que él se sentía o le afectó?

Bueno, él se sentía muy orgulloso pero fuera de la casa, dentro de ella eran humillaciones, pero fuera de la casa decía o dice que hago muchas cosas y que gano y que, y que valgo mucho pero en la casa dice que no, que no soy nadie, entonces sí es como, bipolaridad, saber que en la calle, sí, estás bien pero en tu casa no estás bien.

¿Y él se sentía menos como hombre?

Sí, sí, sí porque ya quería que le comprara ropa, que sus hijos le dieran, sí, o sea, esa, esa siempre ha sido su idea, que sus hijos le den, que sus hijos lo apoyen, pero pues no, no es así.

Jessica:

Cuando estabas con tu esposo, ¿crees que el hecho de que tú trabajaras le afectaba a él en su percepción que tenía de sí mismo, en cuanto al hombre proveedor?

Aja, sí sí, yo a veces creía que como que tenía envidia y no sé de qué, ¿no? Pero yo por ejemplo cuando trabajé yo me compré muchas cosas que él nunca me compró eh, yo hasta me compré mi carro y a él no le avisé, y él así como que se enojó mucho y, y él me decía “es que te sientes bien” ya sabes, y yo pues “no es eso” yo, yo por ejemplo cuando él se compraba algo o así a mí me daba gusto, decía “ah pues que padre”, ¿no? Pero bueno, ese era así como que el...

Se molestaba.

...el disgusto. Aja. Y más que él sí es bien machista.

Coco:

¿Crees que el hecho de que trabajaras y sigas trabajando afecta la percepción de tu, de tu esposo en cuestión de su masculinidad? Es decir, de que él se sienta como inferior, menos hombre.

¡Ay no!, eso sí no sé. La verdad es que hasta el momento sí hemos hecho buena, buena mancuerna, trabajamos juntos, y este, no, yo no creo eso, yo no creo que él sienta eso, bueno, al menos a mí no me lo ha dicho, no.

Y ¿cómo lo sientes?

Yo creo que depende de, de la mentalidad y de la forma de ser del hombre, ¿no? Yo creo que, porque hay de todo. Hay hombres que se escudan tras la mujer, ¿no? De repente hacen conchita y dicen “bueno, al fin que ella ya gana mucho pues ahora que ella ya haga todo” pero, hay otros que no, dicen “bueno, si mi mujer está, está yéndole bien pues mejor trabajamos juntos, la apoyo” entonces si hay el apoyo ya, al cien por ciento dicen “a lo mejor ella gana más, pero yo la estoy apoyando para que eso suceda”, ¿no? Entonces pues no tiene por qué sentirse afectado en su masculinidad, sino todo lo contrario, ¿no? Somos pareja y este, y al final y al cabo compañeros, esposos, es por un bien común, ¿no? Aja.

Como vemos, la percepción que tienen las Consultoras de Mary Kay con relación a sus esposos sugiere diversas cosas. Primero, el aspecto económico es el elemento fundamental que ocasiona un conflicto entre el par, pues el hombre, al ver que sus esposas poco a poco comienzan a cubrir los gastos de la casa: luz, agua, teléfono, rentas, etc. Así

como los gastos de los hijos: ropa, colegiaturas, pasajes, etc. Se dan cuenta de que están perdiendo presencia como hombres proveedores.

Segundo, al ver que ellas tienen su propio dinero se dan cuenta de que ya no son tan indispensables como antes, es decir, han perdido control sobre sus esposas. Ahora ellas han cambiado de actitud, pasaron de ser las mujeres sumisas que pasaban la mayor parte del tiempo en el hogar realizando tareas domésticas a ser las mujeres emprendedoras que ellos, posiblemente, sólo miraban en televisión o en los periódicos y éstas eran actrices, ejecutivas extranjeras o madres solteras.

Tercero, el cambio de roles. Las mujeres comienzan a asignarles ciertas tareas domésticas a los varones, y en ese sentido existe una negociación donde “tienen” que aceptarlas o “pueden generarse más conflictos”. Por supuesto, los tres puntos anteriores son suposiciones basadas en las respuestas de las Consultoras y las retomaré en las conclusiones para interpretar el objeto de estudio que se planteó desde un principio.

CONCLUSIONES

El divorcio en México ha aumentado en los últimos años, dato que sobresale con relación a los matrimonios, los cuales han disminuido considerablemente. Las personas de hoy en día ya no se casan, en vez de eso prefieren juntarse para vivir en unión libre, a veces ni siquiera eso. Pero, ¿qué pasa con las parejas que después de diez o quince años de matrimonio deciden separarse?

A continuación presentaré, de manera breve, algunos cuadros que contienen datos tomados de INEGI con relación a los matrimonios y los divorcios en México:

Estado conyugal de la población
*De acuerdo con la estimación proporcionada por la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo para el segundo trimestre de 2009, en el país la población de 12 años o más ascendía a 78.1 millones: 37.1 millones de hombres y 41 millones de mujeres.
*De las personas de esta edad, 38 de cada 100 son solteras; 53 viven en pareja –casadas o en unión libre– y 9 están separadas, divorciadas o viudas.
*Entre la población unida predominan los casados (81.7%), no obstante los que viven en

unión libre presentan una proporción significativa, 18.3%. Por su parte, de las personas desunidas, 54.4% son viudas, 33.3% separadas y 12.3% divorciadas; es importante destacar que de cada 4 personas viudas, separadas o divorciadas, 3 son mujeres.

*En el país, más de la mitad de las personas solteras tienen edades entre 12 y 19 años (56.3), las de 20 a 29 años representan 27.7 y 16% tiene 30 años o más; lo anterior muestra que de cada 100 solteros, 84 tienen menos de 30 años de edad.

Matrimonios

*Según las Estadísticas Vitales del año 2008, en México se registraron 589 mil 352 matrimonios, cantidad inferior en 5 857 uniones legales a la de 2007 (595 mil 209), esto representa un ligero decremento de casi 1% entre ambos años.

*En el ámbito nacional, la edad promedio al momento de contraer matrimonio fue de 28.3 años entre los hombres y de 25.5 para las mujeres. Estas son las entidades donde tanto los varones como las mujeres tienen la mayor edad promedio al matrimonio: el Distrito Federal con 31 y 28.3 años respectivamente, Veracruz con 30.9 y 27.5 años, Sonora con 30.3 y 27.4 años y Nayarit con 30.3 y 27 años.

*En el año 2008, la tasa bruta de nupcialidad en el país fue de 5.4 matrimonios por mil habitantes. Por entidad federativa, las que tienen las tasas más altas fueron Quintana Roo (9.0), Yucatán (7.5), Guerrero (7.4) y Durango (7.0); en contraste, Puebla (3.7) y el Distrito Federal (3.9) muestran los valores más bajos de este indicador.

Durante 2008, de cada 100 personas que se casaron, 73 eran jóvenes (15 a 29 años): 77% de las mujeres y 69% de los hombres. Cabe mencionar que el número de matrimonios entre personas jóvenes fue de 381 mil 988, es decir, 65 de cada 100 enlaces por el civil¹.

De los matrimonios realizados durante ese año, 10.4% fue de parejas que tenían la misma edad; en 45.2% el varón era mayor de 1 a 5 años; en 13.7% de 6 a 9 años y en 9.1% el hombre era mayor que la mujer por 10 años o más. En contraste, la mujer era mayor de 1 a 5 años en 17.8%, de 6 a 9 años en 2.6%, y en 1% era mayor por 10 años o más que el varón².

Del total de personas que contrajeron nupcias 18.2% tenía primaria, 31.2% contaba con secundaria o equivalente, 21.9% preparatoria o equivalente y 18.3% estudios superiores³.

Durante el 2008, de cada 100 hombres que se casaron, 96 trabajaban al momento de contraer nupcias; de ellos, 56.5% era empleado; 14.4% jornalero o peón y 12.4% obrero, entre otros. En contraste, de cada 100 mujeres casadas, 41 trabajaban, en su mayoría como empleadas (75.8%)⁴

¹ El porcentaje de no especificado de la edad al contraer matrimonio fue de 0.1%.

² El porcentaje de no especificado de la diferencia de edad de los contrayentes fue de 0.2%.

³ El porcentaje de no especificado del nivel de instrucción de los contrayentes fue de 8.5%.

⁴ El porcentaje de no especificado de la condición de actividad de los contrayentes fue de 0.9%.

Divorcios

*De acuerdo con las Estadísticas Vitales del año 2008, los procesos de divorcio concluidos ascendieron a 81 mil 851, en cambio en el año inmediato anterior fueron 77 mil 255; es decir, el número de divorcios realizados aumentó en 4 mil 596, esto muestra un incremento de 5.9 por ciento en sólo un año.

*En 2008, por cada 100 enlaces realizados hubo 14 divorcios; mientras que en el año 2000 la relación fue de 7.4 y en 1971 de 3.2.

*Para el año 2008, catorce entidades federativas superan la proporción nacional, las que presentan los valores más altos son: Chihuahua (26.9 divorcios por cada 100 matrimonios), Colima (26.7) y Nuevo León (24.4); en contraste, las proporciones menores se registran en Oaxaca (2.9), Guerrero (4.9) y Tlaxcala (6.4).

*En México, la edad promedio de los hombres al momento de divorciarse es de 38 años y de las mujeres de 35.4 años. Las entidades que registran la edad promedio mayor para ambos sexos son Morelos con 40.7 años los hombres y 37.3 años las mujeres, y el Distrito Federal con 39.9 y 37.4 años.

*De las parejas casadas que se divorciaron en 2008, prácticamente la mitad tuvo un matrimonio con una duración social⁵ de 10 años o más (50.6%), seguida de quienes estuvieron casados cinco años o menos (28.3%) y las que permanecieron unidas entre 6 y 9 años (19.8%)⁵.

*De los hombres que se divorciaron, 22% era joven (15 a 29 años); 36.7% tenía entre 30 y 39 años; 22.3%, de 40 a 49 años, y 14.3%, 50 años o más. En el caso de las mujeres que se divorciaron, 31% era joven, 35.4% tenía entre 30 y 39 años; 19.6%, de 40 a 49 años y 9.6%, 50 años o más⁶.

*En cuanto a las edades de las parejas que se divorciaron, en 12.1% tanto el hombre como la mujer tenían la misma edad; en 44.3% el hombre era mayor que la mujer de 1 a 5 años; en 12.2% tenía de 6 a 9 años más que ella y en 7%, 10 años o más; en cambio, en 15.7% la mujer era mayor que el hombre de 1 a 5 años; en 2.1% de 6 a 9 años y en 0.9% la mujer era mayor por 10 años o más que el varón⁷.

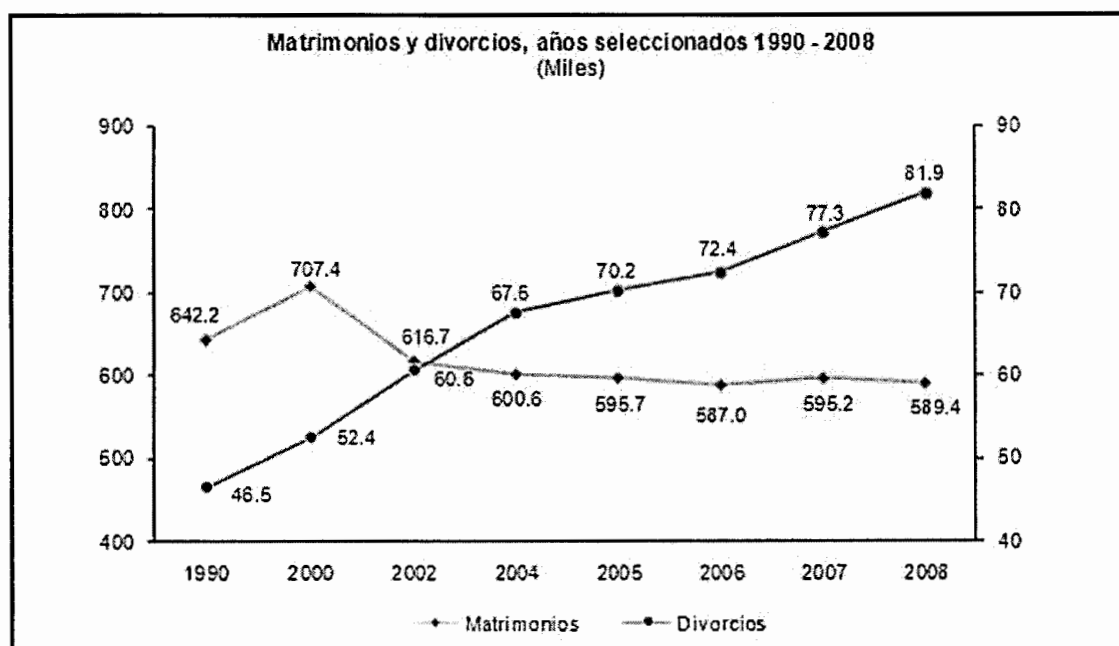
*De los hombres que se divorciaron, 11.5% declaró tener algún grado aprobado en primaria, 24% secundaria; 20% preparatoria y 19.5% estudios superiores; en el caso de las mujeres, las proporciones fueron de 11.5%, 24.6%, 19.1% y 17.9%, respectivamente⁸.

⁵ El porcentaje de no especificado de la duración social del matrimonio fue de 0.9%.

⁶ El porcentaje de no especificado de la edad al divorcio fue de 4.7% para los hombres y de 4.4% para las mujeres.

⁷ El porcentaje de no especificado de la diferencia de edad de los divorciantes fue de 5.7 %.

⁸ El porcentaje de no especificado del nivel de instrucción de los divorciantes fue de 19.4%



Fuente: 1990 a 2008: INEGI. Estadísticas vitales. Bases de datos

El caso de las Consultoras de Belleza de Mary Kay sobresale con respecto a lo anterior porque ellas representan un elemento clave en el cambio cultural de acuerdo al surgimiento de nuevas identidades femeninas. Como hemos visto a lo largo de este trabajo, las Consultoras de Mary Kay representan el fruto de la segunda ola feminista del siglo XX. Como se abordó anteriormente, el movimiento feminista surgido en la década de los años sesenta tenía como principal objetivo comprender y explicar la condición de la subordinación de la mujer, teniendo como resultado un impacto social, político y económico.

La visibilidad en las esferas políticas y sociales, el acceso a la educación y la incursión al mercado de trabajo son los elementos fundamentales que dieron inicio a la reconfiguración de nuevas identidades femeninas. Sin embargo, estas transformaciones no han sucedido de forma tajante, sino que han formado parte de todo un proceso de acontecimientos sociales que han devenido al paso del tiempo.

Mary Kay resalta en este proceso, porque al ser una empresa hecha por y para mujeres, ha influenciado de manera determinante en la vida de éstas, lo que ha significado un paso gigantesco para la conformación de su persona. Mary Kay es una empresa que las

ha motivado, les ha hecho creer y sentir que pueden lograr lo que sea, las ha dotado de autonomía, las ha hecho independientes a través del modelo de trabajo que representa el corazón de esta corporación.

Aproximaciones a la mujer del siglo XXI

Las nociones que tienen las mujeres entrevistadas respecto a su Identidad son positivas, muestran una mejora en su actitud y en su ánimo. Se encuentran dispuestas a trabajar y salir adelante como *sujetos sociales*. Sienten un compromiso que se encuentra fuertemente relacionado en apoyar a otras mujeres, el cual ha sido influenciado por la ideología de Mary Kay.

Con relación al trabajo y al ambiente familiar sienten que todo puede ser equilibrado. Sin embargo, relatan que no es una tarea sencilla. El tiempo que les dedican a sus hijos, el tiempo que le dedican a su pareja y el tiempo que se dedican a sí mismas depende de los horarios que el trabajo disponga. Aun con la flexibilidad que representa el ser Consultora de Mary Kay. En sus palabras han afirmado que “querer y ser Consultora de Mary Kay trae consigo diversas responsabilidades” entre ellas destacan el hecho de que, si realmente quieren seguir creciendo dentro de la empresa, habrá ocasiones que deban elegir una de las tres cosas que implica la *regla de oro*: Dios, Familia y Trabajo.

“Minerva”:

Mira lo principal es que la señora Mary Kay decía que siguiéramos la regla de oro, que tratáramos a los demás como quisiéramos ser tratado, y algo muy importante: Dios, familia y trabajo. Muchas compañeras con las que yo estuve, incluso sus hijos se suicidaron, otros ya no estudiaron, porque debes de dedicarle un cine por ciento a esas tres cosas, si no le dedicas ese tiempo a esas tres cosas vas a subir más rápido pero vas a perder algo, entonces pues en tu decisión está como estructuras tu vida y tu carrera, porque si quieres ganar más dinero vas a trabajar más pero vas a descuidar tu casa, y si te quedas en tu casa pues no vas a ganar dinero, entonces es un equilibrio, mantener un equilibrio.

En lo que concierne a la pareja, las Consultoras entrevistadas, en su mayoría, han expresado haber tenido conflictos con sus esposos, que van desde discusiones relacionados con el aspecto económico hasta discusiones que han terminado en golpes. Cabe destacar que las Consultoras que dijeron no haber enfrentado estas situaciones tienen, relativamente poco tiempo de dedicarse a este trabajo. En el caso de las mujeres que lograron ser Directoras Mary Kay se presenta algo distinto, pues las separaciones fueron situaciones

frecuentes dentro de su relación, y el divorcio se ha presentado como la alternativa por excelencia para terminar con el conflicto.

Por último, lo que corresponde a la cuestión de género. Las Consultoras creen que en la actualidad el trabajo forma parte de su responsabilidad también, contribuir a los gastos del hogar, así como en las necesidades de los hijos, se ha vuelto fundamental para la estabilidad familiar, pues como lo mencionan, hoy en día es difícil encontrar un trabajo, y a veces es más difícil mantener uno.

También, hablan sobre cómo perciben a sus esposos. Comentan que no creen o no saben si el hecho de que ellas trabajen afecte de manera directa su masculinidad, pero sí logran identificar algunas actitudes diferentes, pues ellos, al principio, se molestan porque ellas salen a trabajar, pasan varias horas fuera de casa, se arreglan diferente, en fin, tienen una nueva vida social que rompe con el esquema que ellos ya tenían estructurado.

Por otro lado, al incursionar en el mundo laboral las mujeres caen en la cuenta de la gran cantidad de mujeres trabajadoras, independientes y autónomas que hay fuera del hogar. Al integrarse al mundo público e interrelacionarse con otros le da una nueva perspectiva de lo que es ser mujer en el siglo XXI. En ese sentido notan que su género se ha apropiado de nuevos espacios, ha sido incluida en diversas esferas sociales, tanto económicas como políticas, lo que representa un fuerte impacto en el mundo masculino. Nuria Chinchilla intuye cómo serán las relaciones del siglo venidero:

Si el siglo XXI funciona [...] será porque la mujer tendrá una participación cada vez mayor en la organización de la sociedad, la cual se halla en un estado deplorable, está mal concebida y soporta las consecuencias de un racionalismo decadente y absurdo. Pero esta misión sólo puede ser aceptada por la mujer si no conduce a su deshumanización, si no pierde su feminidad. Porque la mujer es el núcleo de la familia, y ésta, la base de la sociedad (Chinchilla y León, 2005: 90).

Perspectivas masculinas:

Ahora bien, antes de concluir el trabajo sobre *la relación que existe entre la autonomía económica y el divorcio* de las Consultoras de Belleza de Mary Kay, es importante conocer también la perspectiva masculina. Lamentablemente no logré contactar a todos los esposos y exesposos de las Consultoras, y a quienes sí pude contactarlos se mostraron indispuestos. Sin embargo, no dejé de insistir y al final logré entrevistar a dos hombres, que si bien, no accedieron a ser grabados, sí me permitieron realizarles algunas preguntas clave respecto a los conflictos con su pareja.

“Roberto” de 48 años y Luis de 52. Los dos separados (no divorciados), comentan que sus parejas cambiaron su actitud, comenzaron a maquillarse “más de la cuenta” y empezaban a salir más seguido, querían que ellos apoyaran en el hogar y querían, también, que ellos aportaran más económicamente. Montesinos explica lo siguiente con relación a la sociedad mexicana:

El hecho de afirmar que la mujer mexicana se ha liberado, provocando conflictos, supone que el hombre mexicano necesariamente ha tenido que cambiar los rasgos de la identidad masculina tradicional (Montesinos, 2002: 105).

“Roberto”:

La verdad me molestaba un poco, porque, pues, mmm, ¿sabes que es lo que veía? Que ganaba su propio dinero vendiendo labiales y eso, y pues, yo le dije que dejara eso, que para qué lo hacía, para eso estaba yo, ¿no? Ella decía que le gustaba y pues, para no pelear mejor no le decía nada.

Luis:

Tuvimos problemas porque yo ya no podía darle más de lo que ella quería, de lo que se necesitaba en la casa. Me decía “es que tú ya no me das lo suficiente, es que tú no quieres apoyar en la casa”. Nuestros hijos ya están grandes, y afortunadamente tienen un trabajo, bien o mal... a lo mejor es que mi trabajo ya no daba más, ya llevó años trabajando en lo mismo y nunca me han aumentado el sueldo. No sé por qué de repente todo cambió, pero yo creo que fue por el, el dinero.

Por una parte, el papel tradicional de *hombre proveedor* resalta en “Roberto”, quien al decir “para eso estaba yo” hace notar la importancia que tiene para él este aspecto de la

vida: el aportar económicamente al hogar. Por otro lado, Luis insistió que la falta de dinero fue el detonante de su relación.

Cuando les pregunté si es que existió violencia de algún tipo ellos respondieron que nunca faltaron las discusiones, a veces subidas de todo, pero que jamás llegaron a los golpes. Con relación a eso “Luis” decía lo siguiente:

Ah, claro, hubieron muchas peleas, ya cuando nada iba bien, sí. Nos dejábamos de hablar unos días, ella seguía con lo de sus ventas y yo seguía yendo a la oficina, llegaba a la casa y me servía y veía la televisión (...) no por eso dejaba de darle dinero a mi hija para las cosas de la escuela y los pasajes (...) yo no le pedía perdón ni ella tampoco entonces, ps, lo dejaba pasar, ¿no? Y pues así, ella me decía que cuando me iba a ir de la casa, que si yo ya no quería estar ahí que qué esperaba y pues yo le decía que como me iba a ir si mi hija todavía no terminaba la escuela (...) las peleas más que nada eran porque a mí me molestaba que saliera a trabajar. Igual y yo fui respetando eso pero también otras cosas fueron las que se interpusieron en la relación, y ps, al final sí me fui.

Lo anterior nos sugiere que, a pesar de los conflictos, las peleas, las discusiones y la falta de dinero el sentimiento paternalista en el sentido de “proteger a la familia” no se disolvía. Sin embargo, la inseguridad de estos hombres respecto a lo económico, así como en lo sentimental les hizo dudar de sí mismos, tanto como proveedores como jefes del hogar. Esto no quiere decir que sea el papel que obligatoriamente deban desempeñar, pues en el mundo moderno el cambio de roles es algo que se presenta como “natural” por los diversos procesos sociales que han surgido. A pesar de ello, Montesinos plantea lo siguiente:

(...) La inseguridad de esa inestabilidad genera en el imaginario colectivo, sobre todo en el género masculino, un conflicto individual en los hombres que no saben qué papel jugar ni que poder tienen en el proceso de cambio cultural (Montesinos, 2002: 107).

Para concluir, cabe destacar que a pesar de la ruptura, las Consultoras se mantienen firmes ante su decisión. Ellas siguen trabajando todos los días, cuidan de sus hijos pequeños y cubriendo los gastos del hogar. Tienen tiempo para sí mismas, para su familia y para sus amistades. Quienes se comprometen al cien por ciento en Mary Kay intentan equilibrar su vida y atender sus prioridades (sabiendo el riesgo que implica, como ya anteriormente lo mencionaban). Por su parte, los varones, después de la ruptura, se

encuentran aturridos, pareciera ser que a pesar de la imagen que mantienen aún no logran digerir lo que está sucediendo en sus vidas. Montesinos sugiere lo siguiente:

Un hombre que cuenta con los suficientes recursos para apoyar a su familia a la distancia que impone la ruptura, vivirá con menor carga a su conflicto. Una mujer con independencia económica podrá tomar la misma decisión, resistirá de mejor manera la decisión de su pareja, o no tendrá que soportar el maltrato o el olvido en la que podría postrarla su marido. El dinero, al menos, es un elemento a considerar (Montesinos, 2010: 93).

Entonces, para poder aproximarme a una respuesta, puedo decir que la relación que existe entre la autonomía económica y el divorcio, respecto a las Consultoras de Belleza de Mary Kay, es muy clara: sí existe una relación, y ésta se encuentra influenciada, principalmente, por el aspecto económico, el cual funge como detonante para que la relación se fracture y la pareja concluya con la separación o el divorcio. Sin embargo, también influyen (en mayor o menor medida) aspectos sentimentales y culturales. El surgimiento de *nuevas identidades femeninas* construidas mediante la incursión de la mujer en el trabajo, y más aún, un trabajo diseñado especialmente para ellas, hace que la mujer de hoy en día se identifique como un *sujeto social* capaz de cubrir sus propias necesidades e intereses. Por otro lado, esto ocasiona una evidente *crisis en la masculinidad*, pues la reconfiguración femenina necesariamente implica una reconfiguración masculina. Tema que puede tratarse como continuación de esta investigación.

Guía de entrevista:



Fecha: _____

Lugar: _____

Hora de inicio: _____

Hora de fin: _____

Nombre del entrevistador: _____

Guía de entrevista semi-estructurada

Objetivo: Investigar y presentar un informe sobre las consultoras de belleza de Mary Kay tomando en cuenta su experiencia personal con respecto a su entorno laboral, familiar y conyugal, así como conocer la perspectiva masculina y femenina con relación al cambio cultural que generan las mujeres trabajadoras e indagar sobre cuáles son los aspectos más representativos, tanto negativos como positivos, que ellas han percibido a lo largo de su trayectoria en el mundo de los cosméticos.

Datos del (la) entrevistado (a)

Nombre o alias (opcional): _____

Edad: _____

Eje temático:

1) Identidad

Guía indagatoria: Perspectiva personal: antes y después de Mary Kay.

- ¿Cuándo comenzaste a trabajar en Mary Kay?
- ¿Por qué razón comenzaste a trabajar? (necesidad, gusto u obligación)
- ¿Cuántos años tenías?
- ¿Qué cambió en tu vida personal? (antes y después)
- ¿Cómo te sentiste al iniciar como consultora?
- ¿Ya estabas casada? (¿cuándo te casaste?)
- ¿Qué es lo que más te gusta de trabajar en Mary Kay?
- ¿Crees que tu vida ha mejorado desde que trabajas en Mary Kay?
- ¿Cuándo comenzó tu esposa a trabajar en Mary Kay? **
- ¿Por qué razón tu esposa comenzó a trabajar? **
- ¿Qué cambió en tu vida personal? **

-¿Crees que la vida de tu esposa ha mejorado desde que trabaja en Mary Kay?**

Eje temático:

2) Situación Laboral en Mary Kay / Familiar

Guía indagatoria: Socialización en el entorno laboral y familiar.

- Además de Mary Kay, ¿tienes otra fuente de ingresos?
- ¿Cuánto dinero ganas aproximadamente? (Por día, semana o mes)
- ¿Ganas más que tu marido?
- ¿Tu esposo trabaja?
- ¿Los dos aportan al hogar?*
- ¿Cuánto tiempo le dedicas a tu trabajo, a tus hijos y a tu pareja?*
- ¿A qué hora sales de casa para ir a trabajar?*
- ¿Cuánto tiempo pasas fuera de casa mientras trabajas?*
- ¿A qué hora llegas a tu casa después de trabajar?*
- ¿Qué es lo más difícil de trabajar como consultora de belleza de Mary Kay?
- ¿Has encontrado similitudes de tu vida con la vida de tus compañeras de trabajo? (cuáles)
- ¿Has tenido algún problema con tus hijos por el trabajo o los horarios de trabajo?*
- ¿Ha sido difícil trabajar y ser ama de casa al mismo tiempo? (Doble jornada)

Eje temático:

3) Conyugal

Guía indagatoria: Relación de pareja; juego de roles.

- ¿Qué piensa tu esposo/pareja al respecto de tu trabajo?
- ¿Has sentido apoyo por parte de tu esposo/pareja con respecto a tu trabajo?*
- ¿Tu esposo/pareja se molesta por el horario de tu trabajo?*
- ¿Tu esposo/pareja se molesta por qué ganes más que él?*
- ¿Alguna vez tu esposo/pareja ha querido que dejes de trabajar?*
- ¿Ha disminuido el tiempo que pasas con tu esposo/pareja?*
- ¿Ha existido violencia verbal o física dentro de tu hogar con respecto a tu trabajo?*
- ¿Qué cosas han cambiado antes y después de que comenzaste a trabajar con respecto a la relación que tienes con tu esposo/pareja? (cariño, afecto, amor)*
- ¿Alguna vez pensaste o has pensado en separarte un tiempo o definitivamente de tu esposo/pareja? (¿a causa de?: problemas amorosos, problemas económicos, problemas familiares, problemas con tu trabajo u otros)*

Eje temático:

4) Identidad de género

Guía indagatoria: Perspectiva de género.

- ¿Crees que trabajar te ha llevado a una situación de confort?
- ¿Crees que es adecuado que una mujer trabaje para aportar los gastos del hogar?
- ¿Cuál es tu perspectiva con respecto a tus actividades laborales?
- ¿Crees que el hecho de que trabajes afecta la percepción que tiene tu esposo/pareja con respecto a su masculinidad? (Su labor social como Hombre/Proveedor)
- ¿Cuál es el trato que recibes por parte de los hombres en el ámbito laboral?
- ¿Cuál es el trato que recibes por parte de las mujeres en el ámbito laboral?
- ¿Cómo percibes el hecho de que, en la actualidad, exista un número mayor de mujeres que se insertan al ámbito laboral?
- [Comentario final]

- ¿Crees que es adecuado que una mujer trabaje para aportar los gastos del hogar? **
- ¿Crees que el que tu esposa trabaje los ha llevado a una mejor estabilidad económica? **
- ¿Crees que el hecho de que tu esposa/pareja trabaje afecta tu masculinidad? (Tu labor social como Hombre/Proveedor) **
- ¿Cómo percibes el hecho de que, en la actualidad, exista un número mayor de mujeres que se insertan al ámbito laboral? **
- [Comentario final]

* Preguntas para ambos

** Preguntas exclusivas para hombres

Notas:

Bibliografía:

- Arredondo, Martha Luz (2005) *Mexicanidad versus identidad nacional*, UAEM/PyV, México.
- Badinter, Élisabeth (2003) *Hombres Mujeres. Cómo salir del camino equivocado*, Fondo de cultura económica, Argentina.
- Beauvoir, Simone (2002) *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*, Feminismos, Madrid.
- Berger, Peter (1969) *El dosel sagrado. Elementos para una sociología de la religión*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (1992). *El sentido práctico*. Taurus, España.
- Carambula, Patricia (2010) "Celebidades". http://www.desayunosy maquillaje.com/marykay_libres/vida.htm
- CEPAL (2005) *Las metas del milenio y la igualdad de género. El caso de México*. Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES), Serie Mujer y Desarrollo, CEPAL, Chile.
- Chinchilla, Nuria y León Consuelo (2005) *La ambición femenina. Cómo re-conciliar trabajo y familia*, Suma de letras, España.
- De Barbieri, Teresita (2004) *Más de tres décadas de los estudios de género en América Latina*, en Revista Mexicana de Sociología, año 66, núm. Especial, México, pp.197-214.
- (1999) *Sobre la categoría género: Una introducción teórica-metodológica* en Revista Interamericana de Sociología, No. 2.
- Engels, Friedrich (1995) *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Cinar editores, México.
- Espinosa-Miñoso, Yuderlys (2014) "Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica". *Revista El Cotidiano*, marzo-abril, No. 184. México: UAM Azcapotzalco, pp. 7-12
- Fisher, Helen (2000) *El primer sexo. Las capacidades de las mujeres y cómo están cambiando el mundo*, Taurus, España.
- Freud, Sigmund (1998) *El malestar en la cultura*, Siglo XXI, México.

- García de León, María Antonia (2008) *Rebeldes ilustradas (La otra transición)*, Anthropos, Barcelona.
- Giglia, Angela (2012) *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*, Anthropos, México.
- Gil Rodríguez, Eva Patricia y Loret Ayter, Imma (2007) *La violencia de género*, Editorial UOC, Barcelona.
- Grimson, Alejandro (2011) *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Siglo Veintiuno, México.
- Guzmán Ramírez, Gezabel (2014) “Lo masculino y el amor: transgresión y encierro”, *Revista El Cotidiano*, marzo-abril, No. 184. México: UAM Azcapotzalco, pp. 69-76
- INEGI (2010) Estadísticas a propósito del 14 de febrero, Matrimonios y divorcios, datos Nacionales.
<http://www.inegi.org.mx/inegi/contenidos/espanol/prensa/contenidos/estadisticas/2010/matrimonios10.asp?c=2751&ep=28>
- Lamas, Marta (1996) “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género”, en Marta Lamas (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Porrúa/PUEG, UNAM, México.
- Lagarde, Marcela (2012) “Enemistad y sororidad: hacia una cultura feminista”
<http://e-mujeres.net/sites/default/files/Enemistad%20y%20sororidad.pdf>
- Lerner, Susana y Szasz, Ivonne (2008) *La investigación de las relaciones entre la salud reproductiva y las condiciones de vida de la población en México*, en Susana Lerner y Szasz Ivonne (coordinadoras) *Salud reproductiva y condiciones de vida en México*, Tomo I. El Colegio de México.
- Lipovetsky, Gilles (1999) *La tercera mujer*, Anagrama, España.
- Macías Rodríguez, Rolando (2014) “Las prácticas corporales para la construcción del actor la identidad genérica y la(s) masculinidad(es)”, *Revista El Cotidiano*, marzo-abril, No. 184. México: UAM Azcapotzalco, pp. 77-84
- Mando Lengermann, Patricia y Niebrugge-Brantley, Hill (2002) “Teoría feminista contemporánea” en George Ritzer, *Teoría sociológica moderna*, McGraw Hill/Interamericana, España, pp.379-440.
- Marías, Julián (1980) *La mujer en el siglo XX*, Alianza Editorial, Madrid.

- Márquez, Tere (1996) *Las mujeres y el poder*, Editorial Diana, México.
- Martínez Lozano, Consuelo Patricia (2005) *El esquema cultural de género y sexualidad en la vida cotidiana. Una reflexión teórica*, en Culturales, Vol. 1, No. 2, Julio-diciembre, Universidad Autónoma de Baja California, México.
- Mary Kay (n.d.) <http://www.marykay.com.mx>
- Michelet, Jules (1985) *La mujer*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Montesinos, Rafael (2014) “Masculinidades, sí, ¿Feminidades, no?” , Revista El Cotidiano, marzo-abril, No. 184. México: UAM Azcapotzalco, pp. 63-68
- (2010) *El mito del amor y la crisis de pareja*, UAM-I, México.
- (2002) *Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*, Gedisa, Barcelona.
- Paz, Octavio (1999) *El laberinto de la soledad*, FCE, México.
- Pujal i Lombart, Margot (2007) *El feminismo*, Editorial UOC, Barcelona.
- Rodríguez Moreno, Celenis (2014) “Mujer y desarrollo: un discurso colonial”, *Revista El Cotidiano*, marzo-abril, No. 184. México: UAM Azcapotzalco, pp. 31-37
- Salas, Carmen (2003) *Dime con quién trabajas y te diré con quién te acuestas*, Plaza Janés, España.
- Simmel, Georg (1986) *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Península, Barcelona.
- Szasz Pianta, Ivonne (2004) *El discurso de las ciencias sociales sobre las sexualidades*
<http://www.ciudadaniasexual.org/publicaciones/1.pdf>
- Thompson, Jhon B. (1993) *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, UAM-X, México.
- Weeks, Jeffrey (1998) *La invención de la sexualidad*, en Sexualidad. Paidós.